

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



Tomás de  
Aquino: santo  
y sabio

Los verdaderos  
amigos  
del Corazón  
de Jesús (II)

Ante la muerte  
del padre  
Van Straaten

Las condiciones  
de una  
guerra justa

## La apoteosis de santo Tomás



«Así como en tiempo de suma escasez se dijo a los egipcios: “id a José”, que tenía el depósito del trigo, así en los tiempos actuales, en los que hay tanta penuria de sana doctrina, Nos decimos a todos los que tienen hambre de verdad: “Id a Tomás” que la posee en abundancia y sabe adaptarla a todas las necesidades y a todos los paladares». (Pío XI, *Studiorum Ducem*)

## Sumario

Tomás de Aquino: santo y sabio <i>José M<sup>a</sup> Romero Baró</i>	3
Semblanza de santo Tomás	7
Las recomendaciones pontificias de la doctrina de santo Tomás <i>J.M<sup>a</sup>.R.B.</i>	8
Paedagogia perennis <i>Enrique Martínez García</i>	14
La obra catequística de santo Tomás <i>Oriol Anguera de Sojo Peyra</i>	17
La libertad de las escuelas <i>Francisco Canals Vidal</i>	20
La voz del Magisterio sobre toda guerra	21
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (II). María Beatriz de Este, princesa de Módena, duquesa de York y reina de Inglaterra <i>José Javier Echave-Sustaeta</i>	23
«Para reinar en todas partes y juzgar a los vivos y a los muertos»	28
Las reliquias de santa Teresita han visitado el Líbano	29
A la luz de la carta apostólica «Rosarium Virginis Mariae». El avemaría. <i>San Luis María Grignion de Montfort</i>	32
Pequeñas lecciones de historia. San Francisco de Sales y Angélica Arnauld <i>Gerardo Manresa Presas</i>	33
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	34
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	36
Orientaciones bibliográficas <i>Evan Mclan</i>	38
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	40
De otras fuentes. Dios llora en la Tierra	42
Cristiandad hace 50 años. El optimismo del padre Orlandis y su teología de la historia. <i>J.M<sup>a</sup>.P.S.</i>	44

Edita:  
Fundación Ramon Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre  
Redacción y Administración  
Duran i Bas, 9, 2<sup>o</sup>  
Tel. y Fax 93 317 47 33  
08002 BARCELONA  
<http://www.orlandis.org>  
E-Mail: [regnat@eic.ictnet.es](mailto:regnat@eic.ictnet.es)

## RAZÓN DEL NÚMERO

# Santo Tomás, luz que ilumina a la Iglesia

**P**ARALELA a la celebración de la festividad de santo Tomás de Aquino es la preparación de algún acto que nos sirva para recordar aspectos de su vida o de su obra. En este sentido, recordábamos hace sólo unas semanas la actualidad de santo Tomás y, aunque toda ocasión sea buena para dedicar un espacio y un tiempo a su doctrina, la pasada efemérides mueve a elaborar el número que el lector tiene ahora entre sus manos.

En primer lugar, presentamos una *sinopsis* de la vida y de la obra de santo Tomás, con la finalidad de situar al lector –aunque sea de manera sumaria– en la génesis y significación de la misma. Y para que la interpretación y valoración de esa génesis no fueran algo subjetivo o arbitrario, nos ha parecido que sería más objetivo recoger algunas de las muchísimas recomendaciones que la Santa Sede ha ido emitiendo sobre ella a lo largo de varios siglos, para ver también de qué modo la doctrina de santo Tomás se ha ido configurando no sólo como guía segura de estudios, sino también como luz que ilumina a la Iglesia.

Consecuentemente, nos encontramos ante una *pedagogía perenne* de santo Tomás, a quien ha llamado Doctor de la Humanidad el Magisterio constante de la Iglesia, y que presentamos a continuación. Una pedagogía sensata que sirve de alternativa a la ausencia de una auténtica filosofía de la educación. Ausencia que es correlativa a la proliferación de tantos «proyectos» educativos como «modas» existenciales, y alternativa que el ser humano necesita ante esa multiplicidad de descripciones fenoménicas que no le dan la explicación única que anhela, el sentido profundo de su existencia, la felicidad de una vida virtuosa. Porque la virtud es el fin de la educación, y no otro; y porque santo Tomás es maestro de virtud para jóvenes y adultos.

Por otro lado, como toda labor auténticamente eclesial es también una labor *catequística* o de formación en la fe, no podemos considerar «menores» las obras de santo Tomás dirigidas a público no universitario, de modo que ofrecemos también algunas de las analogías que el Santo utilizó para explicar de forma sencilla y al alcance de todos el Símbolo de los Apóstoles, entre otras elementales plegarias. En esas *Collationes* pueden verse signos abundantes de la profunda originalidad de su autor, pues no por utilizar un lenguaje fácil de comprender deja de exponer verdades fundamentales de la fe cristiana, que orientan decisivamente la vida práctica de sus oyentes.

# Tomás de Aquino: santo y sabio\*

JOSÉ M<sup>a</sup> ROMERO BARÓ

## Nacimiento e infancia (1225-1239)

**T**OMÁS fue el menor de los siete hijos que –además de cinco hijas– tuvieron Landolfo de Aquino y Teodora de Teate, hija de los condes de Chieti. Por entonces, Landolfo desempeñaba el cargo de justicia –el de mayor rango en el reino de Sicilia–, y había heredado de su hermano el señorío de Rocasecca y el de un tercio de Montesangiovanni, lugares todos ellos cercanos a Aquino, a mitad de camino entre Roma y Nápoles. El lugar del nacimiento de Tomás había sido la fortaleza de Rocasecca, y a los cinco años el pequeño Tomás fue enviado como oblato a la escuela monacal de la cercana –y famosa– abadía benedictina de Montecassino para que fuera educado en las primeras letras (que incluían la gramática latina y la italiana, la música, la poesía y la salmodia, además de la historia sagrada), aunque ni Landolfo ni Teodora habían disimulado nunca su ambición por tener un hijo que alcanzara esa mitra abacial. Sin embargo, los acontecimientos se desarrollaron de tal modo que, tras la excomunión del emperador Federico II en 1239, Tomás hubo de abandonar Montecassino con los demás oblatos. Durante los nueve años que había permanecido en el monasterio, el pequeño Tomás había tenido la oportunidad de manifestar en muchas ocasiones su inclinación y su gusto por las cosas de la vida religiosa, y se cuenta que corría tras los monjes para preguntarles a menudo «¿quién es Dios?». A la vista de su mucha aplicación, recogimiento, memoria e inteligencia, el propio abad aconsejó a los padres de Tomás que le enviaran a la recién fundada Universidad de Nápoles, para que prosiguiera allí su formación.

## Estudiante y novicio (1239-1251)

Así pues, una vez finalizada lo que podríamos denominar su enseñanza primaria, a los catorce años

\* Esta biografía y la semblanza que le sigue son otros tantos resúmenes de la «Síntesis biográfica» (elaborada directamente a partir de muchas *Fontes vitae S. Thomae*) y de la «Autoridad doctrinal de Santo Tomás», tomadas de la excelente «Introducción general» del P. Santiago Ramírez, O.P., a TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, (tomo I, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1964, 3ª ed., pp. 2-54, y pp. 75-155).

Tomás ingresa en la Facultad de Artes (preparatoria para iniciar los estudios en las otras facultades) donde estudia durante cuatro años la lógica y la filosofía natural, además de perfeccionarse en las letras que había aprendido en Montecassino. La Universidad de Nápoles contaba desde su fundación (1224) con las facultades de Derecho, Medicina y Teología, y por algunos profesores dominicos de esta última facultad (especialmente fray Juan de San Julián) conoció Tomás la existencia de la Orden de Predicadores, fundada también recientemente (1215), y se sintió llamado a continuar en ella la vida monacal iniciada en Montecassino, pues todavía duraba el conflicto entre esa abadía y el Emperador y le era imposible continuarla allí.

Sin embargo, era muy consciente de que encontraría una seria oposición en su casa si decidía ingresar en una orden ¡mendicante!, que no tenía la tradición ni la solera que tenía la familia. En esos delicados momentos, fray Juan ejerció de director espiritual, de confidente y de consejero del futuro novicio, quien aguardó a que hubiera muerto su padre (Navidad de 1243) para ingresar en el convento de Santo Domingo el Mayor en el centro de Nápoles (enero de 1244), aunque sin comunicar para nada su decisión ni a su madre ni a sus hermanos. Enterados éstos de la decisión de Tomás, bajo las órdenes de doña Teodora y con el permiso del Emperador, apostaron patrullas en toda la región y le capturaron en Acquapendente, cerca de Orvieto, cuando (mayo de 1244) se dirigía a Roma para ser enviado a Bolonia y terminar el noviciado fuera del alcance de su familia.

Tomás hubo de permanecer año y medio sin poder salir de Rocasecca, vigilado por su madre, que le presionaba constantemente para que dejara la Orden dominicana y entrara en Montecassino, o para que se hiciera seglar: ¡Todo menos que se hiciera monje de una orden mendicante! Sus hermanos llegaron incluso a introducir en su habitación a una hermosa joven con el encargo de seducirle, pero la puso en fuga blandiendo un tizón con el que dibujó una gran cruz en la pared, ante la cual se postró en oración suplicando al Señor que le liberara para siempre de los deseos de la carne. Fue inmediatamente escuchado, y durante el sueño se le aparecieron dos ángeles que le ciñeron un cingulo como prenda de perfecta y vitalicia castidad: desde entonces no volvió a sentir el menor movimiento sensual.

Cansados al ver que no conseguían sus propósi-

tos, la vigilancia de la familia se fue relajando y Tomás pudo escapar de Rocasecca con la ayuda de fray Juan a finales de 1245, para concluir su noviciado en Nápoles o en algún otro convento, y es probable que comenzara sus estudios de teología en el convento de Santo Domingo de Bolonia.

Como durante sus años de bachiller y de novicio Tomás había demostrado ser uno de los mejores estudiantes de todas las provincias dominicanas, fue enviado a París durante las vacaciones de 1247 para iniciar el curso siguiente en la Facultad de Teología de esa celeberrima Universidad. Pero, providencialmente, el convento de Saint Jacques estaba demasiado lleno, y Tomás tuvo que desplazarse a Colonia, donde se inauguraba el Estudio General regido por quien iba a ser su gran maestro, mentor y amigo: Alberto de Böllstadt (1206-1280), a quien hoy conocemos como san Alberto Magno, canonizado en 1931. Los cursos con Alberto —que también acababa de llegar de la Facultad de Teología de París, donde había profesado con gran éxito por espacio de ocho años— produjeron una honda impresión en el estudioso Tomás, quien guardó con veneración durante toda su vida los comentarios de san Alberto a los *Nombres divinos* y a la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles. De esta época se cuenta que —debido a su recia complexión y a su natural silencioso— sus condiscípulos le conocieran como «el buey mudo»; sin embargo, Alberto les descubrió muy pronto la valía de Tomás diciéndoles que «este buey dará tales mugidos de saber, que se oirán por todo el mundo».

Una vez terminados sus estudios de teología, fray Tomás fue ordenado sacerdote en Colonia mismo, y comenzó allí su docencia (1251) así como la redacción de sus primeros escritos (*De ente et essentia*, *De principiis naturae*).

Es muy digno de ser destacado que, por esas fechas, el papa Inocencio IV le ofreciera a Tomás —y éste rechazara— aquella abadía de Montecassino otrora tan ambicionada por su madre. Y es muy digno de ser destacado porque las circunstancias por las que atravesaba su familia eran ahora muy distintas, y hasta apremiantes: tras pasarse los de Aquino al servicio del Papa, el Emperador había entrado a sangre y fuego en Rocasecca, expulsando del reino a su madre y a sus hermanas, y pasado por las armas a uno de sus hermanos. Aquellas hubieron de refugiarse en Montesangiovanni, dentro de los Estados Pontificios, pero sus rentas y recursos no bastaban para mantener decentemente su noble rango. Pese a tantas necesidades, Tomás no renunció a su vocación universitaria, y tres lustros después rechazaría también el arzobispado y el pingüe beneficio de la abadía de San Pedro de Nápoles que le ofreciera el papa Clemente IV.

## Docente y escritor (1251-1273)

TRAS su primer y único curso como profesor ayudante (bachiller) de Alberto en Colonia, Tomás fue enviado a la Universidad de París en 1252 para ocupar el cargo vacante de bachiller bíblico, bajo la dirección del maestro dominico fray Elías Brunet de Bergerac. La firme oposición de profesores seculares a la permanencia de profesores religiosos (dominicos y franciscanos) en la Universidad pasaba entonces por uno de sus momentos más duros, de manera que Alberto tuvo que intervenir para que Tomás —a quien consideraba el candidato idóneo para el cargo, a pesar de su juventud— fuera aceptado en circunstancias tan agitadas. Tras dos cursos exponiendo la letra de las Sagradas Escrituras (ya que las dudas sólo podía resolverlas el maestro), y tras otros dos cursos explicando las *Sentencias* de Pedro Lombardo, Tomás había puesto de manifiesto una competencia teológica excepcional, y era de rigor que se le expidiera la *Licentia docendi* (de ahí el actual título de Licenciado) y le otorgaran «sin más informes ni dilaciones» el grado de maestro *in Sacra Pagina*, como así ocurrió en efecto (1256), no sin que aquellos profesores seculares que se habían destacado en sus ataques contra los dominicos desaprovecharan la oportunidad para mostrar ahora su resistencia a aceptar a fray Tomás en el claustro de la Universidad de París.

De su éxito como maestro en esa Universidad, basta decir que las aulas apenas bastaban para contener el número de sus oyentes. Por lo que hace a la producción de sus escritos, recordemos que fue en París donde publicó los comentarios sobre Isaías, el opúsculo *De Trinitate* y *De Hebdomadibus*, donde redactó parte del *De Veritate* y de la *Summa contra gentiles*, además de aconsejar en los más graves asuntos de gobierno, a petición del propio rey san Luis de Francia.

En 1259 Tomás abandona París y comienza la etapa más fecunda de su vida, recorriendo su Italia natal con la corte pontificia en calidad de teólogo consultor del Papa y como profesor de su Estudio General o Universidad, residiendo con ella sucesivamente en Anagni (1259-61), Orvieto (1262-65), Roma (1265-67) y Viterbo (1267-68). Además de la docencia que pudiera haber ejercido y de las consultas que atendió —muchas de las cuales dieron pie a la elaboración de algún pequeño tratado que todavía conservamos—, es necesario poner de relieve la prodigiosa producción en esta etapa italiana, de la cual destacamos lo siguiente: terminó la *Summa contra gentiles*, desarrolló una *Glossa continua super quattuor Evangelia* también conocida como *Catena aurea*, inició la *Summa theologiae* (dictó la primera parte y empezó a dictar la *Prima secundae*), y escribió también algunas de

sus *Quaestiones disputatae* (*De anima*, *De caritate* y otras); finalmente, dio comienzo a sus numerosos comentarios de los libros de *Ánima*, *Física* y *Metafísica* de Aristóteles –todavía no superados–, aprovechando las traducciones que puso a su disposición el dominico Guillermo de Moerbeke, quien también formaba parte del séquito que acompañaba a la corte pontificia en sus desplazamientos.

Entretanto, la lucha contra las órdenes mendicantes se había recrudecido en la Universidad de París, y en noviembre de 1258 Tomás vuelve allí como profesor por segunda vez –algo que por entonces era muy poco frecuente– para enfrentarse con los seguidores de Guillermo de Saint-Amour –los más destacados en aquella prolongada lucha–, con Siger de Brabante por su interpretación arabizante de Aristóteles, y con el franciscano Juan Peckham, que se oponía a sus tesis sobre la eternidad del mundo. Frutos de este debate en varios frentes fueron, entre otras, las *Quaestiones quodlibetales* y *De aeternitate mundi*. Siguiendo con los escritos ya iniciados en Italia –que también proseguía–, Tomás publicó otras *Quaestiones disputatae* (*De malo*, *De Spe...*) y terminó en su segunda estancia parisina los comentarios a Aristóteles ya iniciados en Italia, completándolos con otros comentarios a los *Meteoros*, *Ética a Nicómaco*, *Sobre la interpretación*, *Segundos analíticos* y *Política*, también de Aristóteles. Finalmente, terminó allí la *Prima secundae* y dictó entera la *Secunda secundae* de su magna *Summa theologiae*.

Pero, lejos de amainar, las luchas arreciaban en la Universidad de París. En plena huelga de los profesores –que Tomás no secundó– volvió a Nápoles en mayo de 1272, donde se fundaba un Estudio General de su orden. Además de sus concurridas clases públicas en el Estudio y de sus memorables prédicas en el púlpito del convento de Santo Domingo, Tomás redactó un *Compendium theologiae* y el opúsculo *De substantiis separatas*, al tiempo que siguió comentando la obra de Aristóteles (*De caelo et mundo*, *De generatione et corruptione*). Sin embargo, sus mayores esfuerzos se centraban en terminar la *Summa theologiae*, y estaba ya muy avanzada su tercera y última parte.

### Últimos días (1273-1274)

Coincidiendo con la cuaresma de 1273, Tomás meditaba sobre los misterios de la vida, pasión y muerte de nuestro Señor, y al celebrar su misa el domingo de Pasión, sufrió un éxtasis acompañado de tantas lágrimas que hubieron de sacudirlo fuertemente para que volviera en sí. Durante los meses siguientes trabaja-

ba sin descansar, y de noche solía bajar a la capilla de san Nicolás, orando largas horas ante el crucifijo. El sacristán le sorprendió una vez, elevado dos codos por encima del suelo, y oyó una voz del crucifijo que le decía: «Tomás, está muy bien lo que has escrito de mí; ¿qué galardón quieres por tu trabajo?», a lo que el Santo respondió: «Señor, no quiero más que a ti solo».

El día de san Nicolás (6 de diciembre) de 1273, «celebra en dicha capilla con gran devoción. Ha tenido un arrobamiento muy prolongado y ha derramado muchas lágrimas. Está como fuera de sí. Oye otra misa, como de costumbre, pero no ayuda en ella. Quieto, de rodillas, no hace más que llorar. Por fin, vuelve a su celda. Poco después, fray Reginaldo y los demás amanuenses se presentan ante él, como todos los días, para continuar el trabajo. Fray Tomás les agradece sus servicios, pero les dice que por entonces no les puede dictar nada. Se van. Horas más tarde vuelve fray Reginaldo por si necesita de su ayuda. Sorpresa. La mesa de trabajo de fray Tomás está completamente transformada. No hay en ella códices, ni papel, ni plumas, ni tintero. Todo lo ha archivado en un armario. Él no pasea ni lee sentado. Está de rodillas, y sus ojos son dos fuentes de lágrimas. ¿Qué le pasa?, pregunta fray Reginaldo. ¿No quiere que continuemos trabajando en la *Summa*? «Hijo, no puedo», le contesta.

La misma situación se repite un día y otro, y el prior junto con el médico deciden enviar a Tomás a pasar las Navidades con su hermana Teodora en el castillo de San Severino, muy cerca de Salerno; pero la leve mejoría no basta para que Tomás reemprenda su trabajo: «después de lo que Dios se dignó revelarme el día de san Nicolás, me parece paja todo cuanto he escrito en mi vida, y por eso no puedo escribir ya más», le confiesa a fray Reginaldo, ya de regreso a Nápoles.

A finales de enero de 1274 Tomás y fray Reginaldo emprenden, pese a todo, un viaje para asistir al concilio de Lyon, pero poco después de atravesar la pequeña ciudad de Teano, al norte de Nápoles, Tomás, distraído, sufre un fuerte golpe en la cabeza contra un árbol y se ve obligado a detenerse, primero en Minturno y después en Maenza, junto a Priverno, a unos cuarenta kilómetros de su Rocasecca natal. Pierde completamente el apetito y debe guardar cama. Su estado se agrava y, presintiendo el fin de su vida, Tomás pide que le lleven al cercano monasterio cisterciense de Fossanova, donde los monjes le cuidan con toda solícitud, hasta su muerte en la madrugada del 7 de marzo, «sin agonía y con plena lucidez, juntas las manos en actitud orante». Que a todos nos ilumine desde el cielo.

BENE SCRIP-  
SISTI DE ME  
THOMA



## Semblanza de santo Tomás

«Santo Tomás era de alta estatura —1,90 metros—, recto, grueso, de cabeza voluminosa y calva en la región frontal, bien proporcionado, de color trigüeño, de porte distinguido y de una sensibilidad extraordinaria. Cualquier cambio atmosférico o de clima le afectaba, y era sumamente sensible al frío».

Por otra parte, «su sobriedad era extrema. No comía y bebía más que una sola vez al día —a mediodía—, y siempre en el refectorio común. No se preocupaba de lo que le ponían delante, y tenían que cuidar de que tomase algo, porque se distraía continuando las altas especulaciones de su celda [...] Fue muy amante de la pobreza. Cuando escribía la *Summa contra gentiles* usaba unos cuadernillos de papel mediocre, aprovechándolos hasta la última línea y el último ángulo. Se contentaba con el hábito y el calzado más pobres. En su celda no se hallaba nada superfluo ni selecto».

De sus cualidades intelectuales, ya se ha mencionado que eran extraordinarias: «su inteligencia era rápida, profunda, equilibrada; prodigiosa su memoria; insaciable su curiosidad, y su laboriosidad no conocía descanso. Comprendía con facilidad cuanto leía u oía, y lo retenía fielmente en su memoria como en el mejor fichero. Se

procuraba todas las novedades de librería, sin olvidarse de las mejores ediciones o traducciones; y con ser tanto lo que leía, era muchísimo más lo que pensaba y meditaba. Evitaba toda palabra y conversación inútil. A imitación de su padre santo Domingo, no hablaba más que con Dios o de Dios. En el momento en que la conversación salía de estos temas, discreta y amablemente se retiraba».

Pero, sobre todo, «era hombre de gran oración y contemplación». Era el primero en levantarse por la noche, e iba a postrarse ante el Santísimo Sacramento. Y cuando tocaban a maitines, antes de que formasen fila los religiosos para ir a coro, se volvía sigilosamente a su celda para que nadie lo notase.

El Santísimo Sacramento era su devoción favorita. Celebraba todos los días, a primera hora de la mañana, *summo diluculo* [al amanecer], y luego oía otra misa o dos, a las que servía con frecuencia». De esta forma, el gran Santo consiguió que para él no hubiera «dualidad ni oposición entre la oración y el estudio, como no la había entre la acción y la contemplación: su estudio era oración, y su oración era estudio. Por eso estudiaba y oraba siempre, salvo un tiempo brevísimo que sacrificaba al sueño».

# Las recomendaciones pontificias de la doctrina de santo Tomás

J.Mª.R.B.

## Desde su muerte hasta su canonización (1274-1323)

**Y**A se hizo mención de la oposición a algunas de sus tesis que santo Tomás encontró en su segundo período de enseñanza en la Universidad de París (1269-1272). Muchos teólogos las acogieron con recelo por su novedad, ya que «el uso de la filosofía en la ciencia sagrada les parecía no solamente una secularización, sino una verdadera profanación y corrupción de la misma»; particularmente, la introducción de la filosofía de Aristóteles cambiaba la manera tradicional de enfocar la relación entre la teología y la filosofía, o lo que vendría a ser lo mismo, obligaba a establecer otras relaciones entre la fe y la razón. De hecho, aquella oposición a santo Tomás en la Universidad de París se acrecentó aún más después de su marcha, de modo que el obispo Esteban Templier, terminó por promulgar un decreto de condenación de doscientas diecinueve proposiciones –algunas de Tomás de Aquino– el 7 de marzo de 1277, a los tres años exactos de su muerte. Por su parte, la escuela franciscana siguió enfrentándose a Tomás, impugnando Guillermo de la Mare muchos artículos de los comentarios a las *Sentencias*, *Quaestiones quodlibetales*, y *Disputatae*, así como de la *Summa theologiae*. Sin embargo, la Orden dominicana seguía defendiendo a su hijo más ilustre, cuya fama se extendía imparablemente entre los estudiosos, para muchos de los cuales santo Tomás era ya «el doctor de los doctores y el santo de los santos», el «Doctor Egregio» o el «Doctor Común», la «estrella» o el «faro» que iluminaba y guiaba sus estudios, de modo que el papa Juan XXII le elevó a los altares el 18 de julio de 1323, siendo anulada aquella antigua condenación del obispo de París al año siguiente, en que el claustro de aquella Universidad celebró por primera vez la fiesta del Santo.

## Desde la canonización hasta su declaración como Doctor de la Iglesia (1323-1567)

**A** partir de este momento, la autoridad de la doctrina de santo Tomás de Aquino aumenta sin cesar en el seno de la Iglesia, siendo aprobada y recomendada por sucesivos papas y concilios.

Al iniciar el proceso de canonización, el propio Juan XXII escribía que Tomás «había iluminado a la Iglesia más que todos los demás doctores, pues con sus libros se adelanta más en un año que con la enseñanza de los demás en toda una vida». El papa Clemente VI (1342-1352) había comparado su sabiduría con la de Salomón, porque «así como el Rey Sabio superó en sabiduría a todos los hebreos, egipcios y orientales, así santo Tomás excedió en saber a todos los filósofos y teólogos habidos y por haber de la Universidad parisiense», más tarde (1346) impone a todos los religiosos de la Orden de Predicadores la obligación estricta de seguir la doctrina de santo Tomás. Cuando el beato Urbano V (1362-1370) ordena el traslado del cuerpo de santo Tomás desde Fossanova a la iglesia de los dominicos de Tolosa –Les Jacobins, donde todavía se venera–, le llama «Doctor egregio, que con sus enseñanzas saludables y transparentes ilumina la Iglesia universal, poniendo de manifiesto los enigmas de la Escritura, desatando los nudos de sus dificultades, dilucidando sus obscuridades y aclarando las dudas que surgen en su estudio», de tal modo, que el cráneo que le entrega al general de la Orden podía considerarse como «arca de la divina sabiduría».

Por fin, san Pío V le declara solemnemente Doctor de la Iglesia por la bula *Mirabilis Deus* (11 de abril de 1567), equiparándole a los cuatro grandes doctores de la Iglesia latina (san Ambrosio, san Jerónimo, san Agustín y san Gregorio Magno), justificando este honor «por la excelencia de santidad y de doctrina que en él concurren y por los señalados servicios que ha hecho a la causa de nuestra religión a través de los siglos», y le llama «luz clarísima de la Iglesia y regla certísima de la doctrina cristiana con la cual la Iglesia Apostólica ha refutado infinidad de errores»; pero no sólo errores antiguos, sino también modernos, como los incluidos en los decretos del recién concluido concilio de Trento (1545-1562), durante el cual colocaban los padres conciliares en el altar la *Suma teológica* de santo Tomás junto a las Sagradas Escrituras y el *Corpus Iuris Canonici*, como libro de consulta y orientación. La primera edición de sus obras completas (1570-1571, en 18 volúmenes) corresponde a este período, y es llamada *piana* en honor al papa san Pío V. También es del siglo XVI la fundación de la *Milicia Angélica* por el padre Deuwerders, O.P., basada en el don recibido por santo Tomás al verse



liberado de los deseos de la carne por un cingulo angélico, y todavía hoy está destinada a guardar y proteger la castidad de sus integrantes por la intercesión del mismo Santo.

### Desde su doctorado hasta León XIII (1567-1878)

**H**ACIA 1604, Nápoles declara a santo Tomás patrono de la ciudad (en 1973 Pablo VI lo de clarará también patrono de las vecinas diócesis de Aquino, Sora y Pontecorvo), y en los arcos triunfales levantados en la ciudad para tal ocasión podía leerse: «sal de la tierra, luz del mundo, ciudad de ciudades que no se puede ocultar»; y refiriéndose a su patrono: «otro Pablo», recordando las palabras de Clemente VIII que ponía los escritos de santo Tomás entre los inspirados por Dios, a la par que los de los apóstoles Pedro y Pablo. A lo largo del siglo XVII, Alejandro VII (1655-1667) exhortaba a la Universidad de Lovaina a seguir con fidelidad la doctrina de san Agustín y de santo Tomás, «cuya autori-

dad es tan grande y tan conocida de todos, que no necesitan de nueva recomendación», y el papa Benedicto XIII repetirá los mismos elogios de san Pío V al mandar a los Carmelitas Descalzos de Castilla seguir la doctrina de santo Tomás (1730). Al aprobar los estatutos del Colegio Teológico de San Dionisio de Granada, Benedicto XIV (1740-1758) prohibió enseñar otra doctrina que la de santo Tomás bajo pena de excomunión, y haciendo suyas las alabanzas de sus predecesores reconocía ser de santo Tomás lo que de bueno tuvieran sus escritos.

Ya en el siglo XIX, León XII proclamó a santo Tomás patrono de los estudios en los Estados Pontificios (1825), mereciendo el nombre de Doctor Angélico.

Pío IX (1846-1878) volvió sobre las tesis de san Pío V y Benedicto XIII al celebrar la inspiración divina en el ingenio de santo Tomás, «un ingenio sobrehumano que le permitió escribir insuperablemente sobre las cosas divinas y humanas, mereciendo la aprobación del mismo Dios. Porque, en realidad, dedujo toda la ciencia de principios inconcusos e invulnerables y la organizó en un cuerpo de doctrina claramente dispuesto con tal arte, que no hay verdad

que no haya captado ni error que no haya demolido. Es verdaderamente un don singular de Dios a su Iglesia para ilustrar maravillosamente la doctrina revelada y para defenderla victoriosamente de todos los errores», y de ahí que la historia constata cómo «la Iglesia de los concilios ecuménicos celebrados después de su glorioso tránsito hizo tal aprecio de sus escritos, que tomó sus sentencias, y muchas veces hasta sus mismas palabras, para declarar los dogmas católicos y para tritular los errores emergentes».

Durante los últimos años de su pontificado, Pío IX recibió una lluvia de peticiones para que de-

clarase a santo Tomás patrono de todas las escuelas católicas. Así, el cardenal Riario Sforza, arzobispo de Nápoles le escribía: «El Doctor Angélico, santo Tomás, derramó tanta luz sobre las verdades reveladas, que no parece pueda desearse ni esperarse mayor, fuera de la visión beatífica; y en cuanto a las ciencias racionales y naturales, las trató con tanta verdad, que él solo vale por todos los demás, lo mismo que en las ciencias teológicas. Ni cabe la menor duda de que su doctrina goza de tanta autoridad en todo el mundo, que no es superada más que por la de la Sagrada Escritura». A su vez, el cardenal Caraffa le indica: «Una experiencia secular demuestra que el abandono de la doctrina del Angélico Maestro trae consigo una ver-



*Frontispicio de la edición de san Pío V de las Obras completas de santo Tomás de Aquino.*

dadera floración de sistemas, origen de un semillero de errores. Por eso, la Santa Sede no ha cesado nunca de recomendarla en filosofía y en teología como su antídoto, exhortando a todos a no separarse de su magisterio». En parecidos términos se expresan los obispos de muchas otras ciudades y provincias, así como los generales de las órdenes religiosas, de modo que santo Tomás es para todos ya no sólo «el más santo de los santos y el más sabio de los sabios», sino también «el más santo de los sabios y el más sabio de los santos».

### Bajo el pontificado de León XIII (1878-1903)

Es bien sabido León XIII inicia su pontificado con una encíclica dedicada a orientar el estudio y la enseñanza de la filosofía y la teología en las universidades católicas. Se trata de la *Aeterni Patris*, en la cual pone como modelo la síntesis elaborada por santo Tomás a partir de la tradición escriturística y patristica, pues «suministra armas eficacísimas para combatir toda clase de errores, antiguos y modernos, pasados, presentes y futuros», ya que «nadie como él diferenció más clara y distintamente la fe y la razón, la filosofía y la teología, la naturaleza y la gracia; nadie tampoco las unió y armonizó más sólida y amigablemente; nadie respetó mejor sus derechos y su autonomía, conservando íntegra la dignidad de ambas». En consecuencia, la celeberrima encíclica termina diciendo que «por la honra y defensa de nuestra fe católica, por el bien de la sociedad y por el incremento de todas las ciencias, os exhortamos insistentemente a todos vosotros, venerables hermanos, para que restablezcáis la áurea doctrina de santo Tomás y la propaguéis ampliamente». Es el momento culminante de lo que ha venido a conocerse como resurgimiento de la filosofía tomista o «neotomismo» en Europa y en América durante el siglo XIX.

Pero no paró aquí el impulso leonino al tomismo, pues al año siguiente (1880) declaró solemnemente al santo doctor patrón de todas las universidades, academias, institutos y escuelas católicas. Lo razona diciendo que «el Angélico se destaca eminentemente sobre todos los demás, siendo el modelo que los sabios católicos deben imitar en sus diversos estudios. Él posee, ciertamente, las mejores y más brillantes cualidades de corazón y de inteligencia que arrastran a su imitación: una doctrina riquísima de contenido, sanísima y perfectamente organizada, admirablemente de acuerdo con las verdades reveladas por Dios y, por ende, sinceramente obsequiosa con la fe; añádase a todo esto una vida integérrima y sin mancilla, ilustrada con las virtudes más excelsas».

No contento con ello, el gran pontífice continuó sin descanso recomendando a santo Tomás y animando a todos con sus palabras a colaborar en la magna obra de restauración, desarrollo y propagación de la doctrina tomista. Con ese objetivo creó la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás y subvencionó una nueva edición (crítica) de las obras de santo Tomás, hoy conocida como *edición leonina*.

### Bajo el pontificado de san Pío X (1903-1914)

EL santo sucesor de León XIII hizo suyas todas las alabanzas, recomendaciones y ordenaciones anteriores, completándolas y mandándolas observar religiosamente. De su encíclica *Pascendi* (1907) y de su «Motu proprio» *Sacrorum Antistitum* (1910) entresacamos algunos párrafos especialmente significativos de sus recomendaciones: «procuren todos los profesores de filosofía de los centros eclesiásticos del mundo entero no apartarse nunca de su doctrina y de su método (*a via et ratione Aquinate numquam discedere*), antes bien, estúdiénla asiduamente con redoblado esfuerzo»; «abandonar al Aquinate, sobre todo en cuestiones metafísicas, no se hará sin un gran daño (*Aquinate deserere, praesertim in re metaphysica, non sine magno detrimento esse*)», lo cual afecta no sólo a las grandes cuestiones, sino también a las que parecen no tener importancia, pues como dice santo Tomás «un pequeño error al principio es grande al final»; y «cuando prescribimos que se siga la filosofía escolástica, entendemos principalmente la que enseñó santo Tomás (*eam praecipue intelligimus quae a S. Thoma est tradita*). Estas precisas recomendaciones prepararon el camino hacia la redacción de algunas tesis tomistas que contuvieran «principios y enunciados mayores» que pudieran ser enseñados como representativos de esa doctrina, y la Sagrada Congregación de Estudios las hizo públicas un mes después de aparecer el «Motu proprio» de san Pío X *Doctoris Angelici* (29 de junio de 1914) que les sirvió de anuncio.

Las XXIV Tesis tratan sobre ontología, cosmología, psicología y teodicea de santo Tomás de Aquino y, si bien todas corresponden a su auténtico pensamiento, sin embargo no agotan toda su doctrina. Las distintas circunstancias que rodean a esa redacción han sido ya analizadas en esta revista, pudiéndose consultar, entre otros, los estudios «Sobre la recomendación de la doctrina filosófica de santo Tomás por el Magisterio de la Iglesia» (*Cristiandad*, 239 (1954), 69-76) y «Génesis histórica de las XXIV Tesis Tomistas» (*Cristiandad*, 811-812 (1999), 16-24), de Francisco Canals Vidal o «La redacción de las XXIV Tesis Tomistas», (*Cristiandad*, 763 (1995), 19-22) de Eudaldo Forment Giralt.



### De Benedicto XV a Pío XI (1914-1939)

**A**L morir san Pío X, se suscitaron dudas sobre el alcance de su último «*Motu proprio*» *Doctoris Angelici* y sobre la «imposición» de exponer las XXIV Tesis en todas las escuelas católicas. Por orden de Benedicto XV, la Sagrada Congregación de Estudios respondió «que se propongan como normas directivas seguras (*veluti tutae normae directivae*)». No se trata, pues de «imponerlas» como obligatorias al asentimiento interior de maestros y discípulos, sino de «proponerlas» en las escuelas católicas superiores o facultades *como normas directivas seguras* que no pueden dejar de ser enseñadas.

Pero, más que todas las anteriores declaraciones, recomendaciones y ordenaciones de la Santa Sede sobre la autoridad doctrinal de santo Tomás de Aquino en filosofía y teología, la inclusión del siguiente canon (n. 1366) en el Código de Derecho Canónico es el que obliga a enseñar la doctrina de santo Tomás: «Los profesores han de exponer la filosofía racional y la teología, e informar a los alumnos en estas disciplinas, ateniéndose por completo al método, al sistema y a los principios del Angélico Doctor, y siguiéndolos con toda fidelidad».

La encíclica *Studiorum Ducem*, publicada por Pío XI en 1923 con motivo del sexto centenario de la canonización de santo Tomás, reitera lo ordenado por León XIII en su *Aeterni Patris* y por san Pío X en *Doctoris Angelici*, y al ponerlo como guía y luz de los estudios pide un amor sincero a la doctrina de

Tomás por parte de profesores y discípulos que se mantenga por encima de las discusiones. A esta encíclica pertenece el párrafo que dice: «así como en tiempo de suma escasez se dijo a los egipcios: “id a José”, que tenía el depósito del trigo, así en los tiempos actuales, en los que hay tanta penuria de sana doctrina, Nos decimos a todos los que tienen hambre de verdad: “Id a Tomás” (*ite ad Thomam*), que la posee en abundancia y sabe adaptarla a todas las necesidades y a todos los paladares».

La constitución apostólica *Deus Scientiarum Dominus* (1931) no sólo recordaba que en las facultades de filosofía debe enseñarse la filosofía escolástica de tal modo que los oyentes se formen en una síntesis completa y coherente de doctrina según el método y los principios de santo Tomás, sino que también prescribía: «los demás sistemas filosóficos deben examinarse y enjuiciarse según dicha doctrina». En el acto de canonización de san Alberto Magno del mismo año, Pío XI ponía al maestro junto al discípulo resaltando del primero su «esfuerzo titánico realizado al recoger todos los fragmentos de verdad descubiertos por la razón natural de los filósofos y diseminados entre las obras de griegos, árabes y judíos, principalmente de Aristóteles, [...] para ofrecerlo y consagrarlo todo al Creador, que es la Primera Verdad. [...] Gracias a esta labor ingente, preparó y dejó expedito el camino para que su discípulo Tomás reematare la obra por él comenzada».

### De Pío XII a nuestros días

**E**STA relación entre maestro y discípulo fue también valorada por el entonces cardenal Eugenio Pacelli, futuro papa Pío XII y gran amante de las ciencias, al escribir en 1932 que «en medio del siglo XIII aparecen en el firmamento de la Iglesia, entre otras muchas estrellas, el Sol de Aquino y el Astro de Böllstadt. [...] el primero ilumina el camino al segundo y le muestra el camino [...] Dos almas gemelas, como las de san Ambrosio y san Agustín; Alberto es el nuevo Ambrosio; Tomás, el nuevo Agustín, de quien posee la llama del corazón y la luz de la inteligencia», y suya es también la letra apostólica de 1941 por la que declara a san Alberto Magno «Patrono celestial de quienes cultivan las ciencias de la naturaleza», de manera análoga a como santo Tomás es patrono de quienes estudian la filosofía o la teología, estableciendo así entre disciplinas complementarias la misma compenetración que existía entre el maestro y el discípulo.

El beato Juan XXIII mostró veneración por santo Tomás de Aquino en las numerosas manifestaciones que hizo sobre él durante su corto pontificado, y al explicar el sentido de la elección de su nombre como



nuevo pontífice, ya hizo referencia a su antecesor Juan XXII diciendo de él que fue quien «tuvo, entre otros, el honor de canonizar a santo Tomás de Aquino» (A.A.S., 51 (1959), p.142). En una de las sesiones preparatorias del concilio Vaticano II, al referirse a la doctrina que ha de formar a los sacerdotes afirma que éstos deben ser educados en tres fuentes, la primera de las cuales es «el conocimiento del Antiguo y del Nuevo Testamento, los Santos Padres y los más ilustres doctores de la filosofía y la teología, entre cuyos príncipes destaca santo Tomás de Aquino», siendo las otras dos la Sagrada Liturgia y el Derecho Canónico (A.A.S., 52 (1960), p.223), y ante los rectores de los seminarios italianos afirma poco después que «la sólida formación cristiana según los principios, la doctrina y el método de santo Tomás, dará al alumno de hoy y al hombre de mañana juicio equilibrado, amplitud de miras, sensatez y madurez intelectual. A la luz de estos principios iluminadores, se podrán juzgar en su justo valor los vastos movimientos culturales y literarios, las corrientes del pensamiento moderno, las lagunas y peligros de la tecnificación», (A.A.S., 53 (1961), p.564). En una alocución dirigida a los parti-

cipantes en el V Congreso Internacional organizado por la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás (16 de septiembre de 1960, todavía durante la preparación del Concilio), destaca que «el tratamiento y la solución de las cuestiones morales según los principios del Aquinate resultan ser tan admirablemente útiles para obtener deseo de verdad, consenso de caridad y unidad, que es de esperar abundante y excelente fruto para la paz de la Iglesia católica y de todo el orbe terrestre» (A.A.S., 52 (1960), p.822).

Los documentos emanados propiamente del concilio Vaticano II recogerán estas directrices al afirmar que «para iluminar los misterios de la salvación en la medida de lo posible por la vía de la especulación, tomando a santo Tomás por maestro aprendan los alumnos a penetrarlos más íntimamente y a reconocer la conexión de unos con otros» (*Decreto sobre la formación sacerdotal*, V, 16), y al observar que si bien «cada disciplina se cultiva según sus propios principios, su propio método y su propia libertad de investigación científica», sin embargo, «siguiendo los pasos de los doctores de la Iglesia, principalmente de santo Tomás de Aquino, la fe y la razón concuerdan

en una verdad única» (*Declaración sobre la educación cristiana*, 10). Finalmente, por carta apostólica del 7 de marzo del año 1963 (A.A.S., 55 [1963], p.205), último de su pontificado, el beato Juan XXIII concede al hasta entonces Pontificio Ateneo Angélico un nuevo título en honor de su Santo Patrono: el de Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino, que es su nombre actual.

El mismo 7 de marzo del año siguiente, Su Santidad Pablo VI escribe al general de la Orden de Predicadores, padre Aniceto Fernández, felicitándole por la oportuna creación de la Fundación Santo Tomás de Aquino de los Padres Dominicos de Estados Unidos, ya que esta fundación cuenta entre sus objetivos «comparar el pensamiento de santo Tomás con los sistemas de filosofía modernos y con las ciencias naturales y antropológicas, con la finalidad de extraer conclusiones útiles para una mejor solución de los problemas espirituales y culturales de nuestro tiempo», ya que «su conocimiento filosófico, que refleja la esencia de las cosas realmente existentes en su cierta e inmutable verdad, ni es medieval ni propio de ninguna nación en particular; trasciende el tiempo y el espacio, y no es menos válido hoy para toda la humanidad» (A.A.S., 56 (1964), pp.303, 304), y en una alocución en la Universidad Pontificia de Santo Tomás, Pablo VI puso como ejemplo del «arte de pensar bien» la lógica de la «escuela de santo Tomás», entendiendo la lógica «en un sentido lato y verdadero; a saber, el uso riguroso y honesto de la inteligencia en la investigación de la verdad de las cosas y de la vida», temiendo que «las facultades cognoscitivas de las nuevas generaciones se sientan fácilmente atraídas y tentadas a sentirse satisfechas por la facilidad y por la influencia de los conocimientos sensibles y fenoménico-científicos», cuando en realidad el espíritu humano está destinado a alcanzar el mundo divino, que es su verdadero destino (A.A.S., 66 (1974), p.267).

Para intentar comprender el sentido profundo de las recomendaciones pontificias del actual papa Juan Pablo II respecto de la doctrina de santo Tomás, resultará muy útil su carta encíclica *Fides et ratio* (1998), donde precisamente se estudian esas relaciones entre la fe y la razón que la obra del Santo trata con tanto rigor. En efecto, «convencido profundamente de que “toda verdad, quienquiera que la diga, viene del Espíritu Santo”, santo Tomás amó de manera desinteresada la verdad. La buscó allí donde pudiera manifestarse, poniendo de relieve al máximo su universalidad. [...] Con razón, pues, se le puede llamar ‘apóstol de la verdad’» (Cap. IV («Novedad perenne del pensamiento de santo Tomás»), 44), y «a la luz de estas reflexiones se comprende bien por qué el Magisterio ha elogiado repetidamente los méritos del pensamiento de santo Tomás y lo ha puesto como guía y modelo de los estudios teológicos. Lo que interesaba

no era tomar posiciones sobre cuestiones propiamente filosóficas, ni imponer la adhesión a tesis particulares. La intención del Magisterio era, y continúa siendo, la de mostrar cómo santo Tomás es un auténtico modelo para cuantos buscan la verdad» (Cap. VI, 78).

De aquí el valor singular de la investigación filosófica de santo Tomás (aunque ya hubiera sido preconizada por san Alberto) al iniciarse en «la relación dialógica que supo establecer con el pensamiento árabe y hebreo de su tiempo», pues «en una época en que los pensadores cristianos descubrieron los tesoros de la filosofía antigua, y más concretamente aristotélica, [santo Tomás] tuvo el gran mérito de destacar la armonía que existe entre la razón y la fe. Argumentaba que la luz de la razón y la luz de la fe proceden ambas de Dios; por tanto no pueden contradecirse entre sí» (Cap. IV, 43). Pero si bien esa búsqueda de la verdad se inicia en el diálogo con la filosofía, no termina con ella sino que muestra su indigencia, porque «más radicalmente, Tomás reconoce que la naturaleza, objeto propio de la filosofía, puede contribuir a la comprensión de la revelación divina. La fe, por tanto, no teme la razón, sino que la busca y confía en ella. Como la gracia supone la naturaleza y la perfecciona, así la fe presupone y perfecciona la razón» (Ídem., íd.).

La coherencia del pensamiento de santo Tomás se hace patente aquí una vez más, al establecer esa vigorosa correlación respectiva entre fe, teología y gracia, de una parte, y razón, filosofía y naturaleza, de la otra parte, de modo que una no puede darse sin la otra, pues «aun señalando con fuerza el carácter sobrenatural de la fe, el Doctor Angélico no ha olvidado el valor de su carácter racional, sino que ha sabido profundizar y precisar ese sentido. En efecto, la fe es de algún modo ‘ejercicio del pensamiento’; la razón del hombre no queda anulada ni se envilece dando su asentimiento a los contenidos de la fe, que en todo caso se alcanzan mediante una opción libre y consciente» (Íbid., íd.).

No podemos despedir esta relación de recomendaciones de la Santa Sede a la doctrina de santo Tomás, sin hacer siquiera mención al *Catecismo de la Iglesia católica* (1992), al cual esta revista acaba de dedicar un número con motivo del X aniversario de su publicación. Con sólo mirar el índice de textos puede verse que san Agustín y santo Tomás son los dos Doctores de la Iglesia más citados en el Catecismo; pero si atendemos no sólo a las citas explícitas y textuales, sino también a otros muchos pasajes en que el redactado recoge el sentido y los términos de su doctrina, podremos concluir que la inspiración de santo Tomás de Aquino es tan profunda en el Catecismo que después de siete siglos sus enseñanzas siguen siendo de plena actualidad y vigencia en la doctrina de la Iglesia.

# Paedagogia perennis

ENRIQUE MARTÍNEZ GARCÍA

MUCHOS pedagogos católicos no se dan cuenta de que existe una *paedagogia perennis*, mucho más profunda y vigorosa que aquella surgida a partir del Renacimiento, que es la que domina todavía el pensamiento pedagógico contemporáneo». <sup>1</sup>

A principios del siglo xx el dominico H. Woroniecky reivindicaba de este modo la existencia de una *paedagogia perennis*. Y precisaba que «en ninguna parte se encontrará una doctrina tan profunda y sólida de la educación por los actos que en la Suma Teológica, en el tratado sobre las virtudes». <sup>2</sup>

## La negación de la esencia de la educación y sus consecuencias

¿Una pedagogía perenne? ¿No es una afirmación en exceso pretenciosa? Para responder comencemos viendo primero a dónde conduce la negación de algo inmutable en la educación. Explica J. Speck en su obra *Conceptos fundamentales de pedagogía* cómo en la actual discusión pedagógica apenas sí se puede emplear todavía el concepto de educación, mientras que en su lugar se trata de introducir conceptos definidos y documentables respecto a experiencias tocantes a cuestiones pedagógicas particulares. <sup>3</sup> No es de extrañar, entonces, lo sucedido en el Congreso Internacional de Ciencias de la Educación de 1973; cuando se intentó alcanzar un consenso mínimo indispensable acerca de los fines morales esenciales a la educación, hubo que ir reduciendo éstos a valores como la sinceridad, la salud, la higiene y el derecho a ser feliz; y ni aún así se logró el anhelado consenso. <sup>4</sup> La conclusión de este relativismo y fenomenismo pedagógico fue el abandono de la educación al ámbito de la opinión mudable y democrática, y la acusación de totalitarismo dogmático a cualquier pretensión de hablar de la

esencia universal e inmutable de la educación. Con esta claridad diáfana se pronuncia Octavi Fullat:

«No hay una “filosofía de la educación”, sino múltiples y, además, en insoslayable mudanza todas ellas. Si de unidad puede hablarse se referirá siempre a los prolegómenos o condiciones de toda posible “filosofía de la educación”; por lo demás, fuera de tal ocupación casi tautológica, nos situamos en el reino de la diversidad manifiesta, en el reino de la doxa... Estamos convencidos de que un proyecto educativo que se presenta como totalmente científico constituye una estafa palmaria a la democracia, consistiendo en imponer dogmáticamente bajo disfraz científico lo que no va más allá de ser una concepción de la existencia entre otras muchas. En tal supuesto, a la ciencia se le hace jugar un papel ideológico, justificador y encubridor, por tanto, del apetito y del talante totalitario». <sup>5</sup>

Pienso que se pueden reconocer varias consecuencias derivadas de esta actitud. En primer lugar, la dispersión en el ámbito del saber pedagógico ocasionada por la pérdida de su objeto formal. Han surgido así tantas ciencias pedagógicas cuantos aspectos pueden descubrirse en el fenómeno educativo: pedagogía social, familiar, terapéutica, diferencial, comparativa, experimental, profesional, individualizada... Pero ni la más pequeña mención a la filosofía de la educación. Mientras tanto el educando, que es unitariamente hombre y necesita que se le ayude a crecer como hombre, debe soportar acciones educativas inconexas, parciales y fragmentarias. Mas, «la persona es radicalmente unitaria –asegura Carlos Cardona–. Por eso la fragmentación inconexa de enseñanzas a que se ve habitualmente sometida le desorienta y paraliza, intelectualmente primero, y prácticamente después». <sup>6</sup>

Una segunda consecuencia es que esta multiplicidad de ciencias ve reducida su actividad a mera descripción, mas no a una explicación. La educación sólo se describe como fenómeno, no atendiendo más que a lo observable y cuantificable. Los datos de la pedagogía son entonces infinidad de mediciones, de aciertos-errores expresados en notas numéricas, de crédi-

1. H. WORONIECKY, «*Saint Thomas et la pédagogie moderne*», en *Xenia Thomistica I*, Roma, Typis Poligl. Vatic., 1925, p.451.

2. *Ibid.*, p.459.

3. Cfr. J. SPECK et al., *Handbuch Pädagogischer Grundbegriffe*, Munich, Kösel-Verlag, 1970, (traducción al castellano: *Conceptos fundamentales de pedagogía*, Barcelona, Herder, 1980, p. 612).

4. Cfr. O. FULLAT, *Filosofías de la educación*, 3ª ed., Barcelona, CEAC, 1983, p. 239.

5. *Ibid.*, p.1.

6. C. CARDONA, *Ética del quehacer educativo*, Madrid, Rialp, 1990, p.11.



tos abstractos que completan variopintos itinerarios curriculares. Se olvida entonces la virtud, fin de la educación, pues quién es capaz de medir la prudencia, la paciencia o la sabiduría de una persona; pero sobre todo se olvida al educando, cada vez más anónimo.

Por lo anterior, la pedagogía se encuentra sin fundamento para su vertiente normativa. Algunos intentan recuperarla con la educación en abstractos valores intelectuales, incapaces de ser apetecidos por la voluntad. Mas lo habitual es abandonar al educando a la absoluta libertad de su presunta madurez, como se está comprobando en las campañas de educación sexual. Y como la práctica de este anarquismo pedagógico es, además, tan utópica, tan irrealizable, crea de facto un vacío de poder, cuyo resultado es un despotismo mayor que el combatido,<sup>7</sup> concretado principalmente en una asunción por parte del Estado de toda la iniciativa educativa.<sup>8</sup>

### La alternativa: una pedagogía sensata

**L**a consecuencia de todo ello es que el educador se encuentra hoy sin una ciencia teórica que le guíe, o con pedagogías normativas sin fundamento en el ser. Mas este educador no puede permitirse suspender metódicamente su tarea, pues la educación es una exigencia en la vida diaria. ¿Dónde des-

7. «El pueblo, al querer evitar, según se dice, el humo del despotismo de los hombres libres, cae en el fuego del despotismo de los esclavos y cambia una libertad excesiva y desordenada por la más cruel y la más amarga de las esclavitudes: la esclavitud bajo los esclavos» (PLATÓN, *República* 569 c).

8. Otros modos de concretarse este despotismo pedagógico serían el imperio de lo tecnológico, la imposición de una ética relativista, el autoritarismo de los alumnos ante la falta de autoridad de los maestros, etc.

cubre entonces el deber ser de cada momento? El sentido común, la propia experiencia, el consejo de algún buen maestro y, sobre todo, la mirada atenta y respetuosa al educando, darán de sí lo suficiente como para aventurarse por los recios senderos de la educación, descubriendo dónde está la virtud y caminando tras ella. Parafraseando a Balmes, este educador podrá afirmar: Si no puedo ser pedagogo sin dejar de ser hombre, renuncio a la pedagogía y me quedo con la humanidad.<sup>9</sup>

Mas es precisamente en esa pedagogía sensata en donde se fundamenta la científica. No se convertirá ésta entonces en instrumento de dominación del hombre, sometido a la voluntad de poder; por el contrario, el reconocimiento humilde del misterio del hombre al que sirve hará de su quehacer una herramienta de felicidad, según aquello de que «todas las ciencias y artes se ordenan a algo uno, esto es, la perfección del hombre, que es su felicidad».<sup>10</sup>

### La pedagogía perenne de santo Tomás

**A**sí pues, para que renazca una auténtica filosofía de la educación, es necesario fundarla en un pensamiento verdadero acerca del hombre, de su naturaleza, del fin de sus actos y del modo de perfeccionar estos actos, fundado en una metafísica acerca del ser y su perfección. Y esto es lo que se encuentra, principalmente, en santo Tomás de Aquino.

De hecho, la fecundidad histórica de la pedagogía de santo Tomás y el reconocimiento que de ella ha hecho el Magisterio de la Iglesia, no sólo confirman su existencia, sino que dan garantías de su validez para nuestra época y las futuras. Y es que el magisterio de santo Tomás ha trascendido su propia época,

9. Cfr. JAIME BALMES, *Filosofía fundamental* I, c.34, n. 340.

10. ARISTÓTELES, *In Metaph.* Proem.

convirtiéndose en maestro de todo hombre, Doctor Humanitatis.<sup>11</sup> Por eso nos parece del todo adecuado el calificativo de *paedagogia perennis* dado por Woroniecky al pensamiento de santo Tomás acerca de la educación.

Para comprender mejor este calificativo de *perenne* conviene recordar ahora que entre las verdades de orden natural hay unas necesarias para hacer de la fe un «obsequio razonable» (Rm 12,1) –los *preambula fidei*– y otras carentes de esa vinculación necesaria con el depósito de la fe. De esta manera, aquellas verdades conexas necesariamente con la fe «no deben ser consideradas como algo opinable, que se pueda discutir, sino que son como los fundamentos en los que se asienta toda la ciencia de lo natural y de lo divino». <sup>12</sup> Pues bien, estas palabras del papa san Pío X se refieren explícitamente a los principios de santo Tomás de Aquino, comunes a todo el patrimonio filosófico perenne:

«Estos principios de santo Tomás no encierran otra cosa más que lo que ya habían descubierto los más importantes filósofos y Doctores de la Iglesia, meditando y argumentando sobre el conocimiento humano, sobre la naturaleza de Dios y de las cosas, sobre el orden moral y la consecución del fin último». <sup>13</sup>

Estas verdades filosóficas, aunque no formalmente reveladas, son «propuestas por la Iglesia de modo definitivo». <sup>14</sup> Y entre éstas se encuentran los principios acerca de la educación. No es el momento de enumerar estos principios tal y como los reconocemos en la obra de santo Tomás, pero baste recordar

ahora la definición que éste da de educación, y que recoge el papa Pío XI en su encíclica *Divini Illius Magistri*:

«Y como la obligación del cuidado paterno continúa hasta que la prole se halla en situación de proveerse a sí misma, perdura el inviolable derecho de los padres, porque la naturaleza no pretende solamente la generación de la prole, sino también su conducción y promoción hasta el estado perfecto del hombre en cuanto hombre, que es el estado de virtud». <sup>15</sup>

Esta definición de educación manifiesta aquello que es inmutable, la ordenación del hombre a su perfección, que es la virtud. Y es eso mismo lo que hace perenne, tal y como reconocía el P. Woroniecky, aunque las asambleas de pedagogos prefieran negarlo.

En ocasiones pesa un cierto complejo de que sólo lo moderno es verdadero, cayendo en la falacia de considerar esencial lo que no es sino una moda fugaz. Mas es en santo Tomás en donde encontramos una pedagogía perenne al estar fundamentada sobre roca, esto es, sobre un saber acerca del hombre, de su fin, de sus necesidades. Y si es perenne, también puede iluminar hoy el quehacer educativo, las circunstancias concretas del niño que tan bien sabe manejar los ordenadores y que recibe tanta información audiovisual, del adulto que se ve envuelto en un ambiente hedonista y utilitarista, del cristiano que sigue aspirando a la santidad también en los albores del tercer milenio.

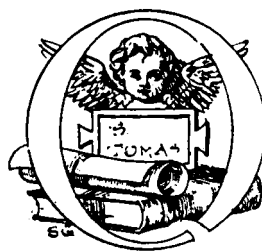
15. Pío XI, *Divini Illius Magistri*, n.17. El texto de santo Tomás es éste: *Alio modo dicitur naturale ad quod natura inclinatur, sed mediante libero arbitrio completur, sicut actus virtutum dicuntur naturales; et hoc modo etiam matrimonium est naturale, quia ratio naturalis ad ipsum inclinatur dupliciter. Primo quantum ad principalem ejus finem, qui est bonum prolis: non enim intendit natura solum generationem ejus, sed traductionem, et promotionem usque ad perfectum statum hominis, in quantum homo est, qui est virtutis status. Unde, secundum Philosophum, tria a parentibus habemus: scilicet esse, nutrimentum, et disciplinam (In IV Sent. d. 26, q.1, a.1 in c).*

11. Cfr. JUAN PABLO II, *Discorso ai partecipanti al Congresso Tomista* (13-IX-1980), AAS 72, 1980, 1036-1046.

12. SAN PÍO X, *Doctoris Angelici*, 29 de junio de 1914: AAS 6 (1914), 338.

13. *Ibid.*

14. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, «*Professio fidei*» et «*Iusiurandum fidelitatis*» in suscipiendo officio nomine Ecclesiae exercendo, 9 enero 1989: AAS 81 (1989), p.105. Cfr. JUAN PABLO II, *Ad tuendam fidem*.





# La obra catequística de santo Tomás

ORIOLO ANGUERA DE SOJO PEYRA

EN un sentido lato, toda la obra de santo Tomás es catequística. La teología, si es verdadera, no puede abandonar nunca la función de catequizar, tanto a quien la escribe o la enseña como a quien la estudia. En un sentido mucho más indirecto, también podría decirse que una filosofía cristiana, tiene un sentido catequístico, no inmediato, pero sí indirecto. Estos conceptos pueden aplicarse con todo rigor a santo Tomás. Sin embargo en sentido restringido, se reserva para la ciencia teológica el estudio profundo y especulativo de la Revelación y para el catecismo, la explicación sencilla y al alcance del fiel corriente, de la doctrina cristiana. En este sentido, santo Tomás puede considerarse fundamentalmente como un teólogo, un apologista (*Summa contra gentes*) y un filósofo. Precisamente el doctor fundamental de las escuelas cristianas.

No obstante, santo Tomás tiene obras que podrían incluirse como catequísticas en el sentido estricto y que posiblemente sean mucho menos conocidas que sus obras maestras (cuyo mayor ejemplo es la *Summa theologiae*) pero en las que luce también su excepcional vigor, armonía y poder de síntesis (sin olvidar su profundísimo poder de análisis, del que poco se comenta), que merecieron ser calificadas por un Papa, como cualidades que parecen milagrosas, y que han convertido al Santo, por los tiempos, en maestro de las escuelas cristianas.

Sin ánimo exhaustivo, citaremos como obras catequísticas de santo Tomás, su *Breve summa de fide*, obra inacabada y más propia de un compendio teológico sumario, pero con un sentido especialmente catequístico, y muy particularmente una serie de pequeños opúsculos, fruto de sermones pronunciados en Nápoles en la Cuaresma de 1273 y que están recopilados en sus obras completas, bajo los títulos de *Collationes de duobus praeceptis caritate et decem legis preceptis*, *Collationes de Credo in Deum*, *Collationes de Pater noster* y *Collationes de Ave María*.

Estas obras (las *Collationes*) se encuentran agrupadas y traducidas al español en un libro de Ediciones Eunote de Pamplona. Como es lógico esperar de unas obras derivadas de sermones, no tienen el vuelo y la altura de sus grandes obras, pero se configuran como obras sencillamente catequísticas. Dan abundantes signos de la profundidad y originalidad de su autor. También son un ejemplo, no siempre aprovechado por la predicación actual y de todos los tiempos,

de la finalidad de catequizar, algo descuidada en la predicación ordinaria. Tal finalidad catequística no es exclusiva, pero de mucha mayor importancia de la que normalmente se le da en las homilías.

No puede ser objeto de este pequeño artículo un resumen de estos opúsculos o *collationes*, pero sí se desea resaltar aspectos puntuales, sin otro criterio de selección que el efecto singular causado por la lectura.

En el prólogo del opúsculo del Símbolo de los Apóstoles, precisamente Símbolo de la Fe, dice que esta virtud tiene cuatro bienes: *Une* el alma a Dios, como una especie de matrimonio con Dios «Te desposarás conmigo en la fe» (Os 2,20); *incoa* en nosotros la vida eterna, que no es otra cosa que conocer a Dios «Esto es la Vida Eterna, que te conozcan a Ti, único Dios verdadero» (Jn 17,3); *dirige* la vida presente, pues enseña todo lo necesario para vivir bien «Mi justo vive de la fe» (Heb 2,4); y *vence* las tentaciones «Vuestro enemigo el diablo merodea buscando a quienes devorar, resistidle firmes en la fe» (I Pe 5,8).

EN el primer artículo del Símbolo, «*Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra*», tiene una definición contundente, pues dice que la creencia verdadera en Dios, supone necesariamente la creencia de que todas las cosas del mundo caen bajo su gobierno y providencia, por tanto con exclusión de conceptos como el llamado deísmo, Ser Supremo, dios de los filósofos, gran arquitecto, primer motor etc. La verdadera creencia en Dios supone la creación, gobernación de la naturaleza y providencia sobre los acontecimientos humanos.

En el artículo segundo, «*En Jesucristo, su Hijo nuestro Señor*» transcribimos literalmente el siguiente párrafo por su contundencia y claridad: «Con todo, de una manera está la palabra en nosotros y de otra en Dios. En nosotros, nuestra palabra es un accidente; en Dios la Palabra de Dios es lo mismo que Dios mismo, puesto que nada hay en Dios que no sea esencia de Dios. Por otra parte, nadie puede decir que Dios no tiene Palabra, pues sería como afirmar que Dios no es inteligente; por consiguiente, si siempre existió Dios, su Palabra también».

En el artículo tercero, «*Que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de María Virgen*», pone una luminosa analogía entre nuestra pala-

bra (que mientras está en la mente no conocen los demás y sí la conocen cuando la escribimos) y la Encarnación. La Palabra de Dios no era conocida por los hombres hasta la Encarnación, en que se hizo visible y tangible y queda como escrita en nuestra carne.

En el artículo cuarto, «*Padeció bajo Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado*», al tratar de un efecto de la Pasión, dice que por nuestro pecado congénito, estamos desterrados del reino, y Jesús con su Pasión y Muerte una vez abierto su costado nos abre la puerta del Paraíso, lo que le permite decir al buen ladrón: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23,43). Esto no se había dicho ni a Adán, ni a Abraham, ni a David. Pero el oscuro buen ladrón, pide perdón y lo alcanza «Teniendo la seguridad de entrar en el santuario por la sangre de Cristo» (Heb 10,19). Espléndido testimonio de la misericordia insondable de Cristo.

En el artículo quinto, «*Descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos*», dice que mientras el Cuerpo permanecía en el sepulcro, el alma bajó a los infiernos, porque así puede tenerse al llamado limbo de los justos o seno de Abraham, pues no gozaban de la visión de Dios, siendo liberados por Cristo. Santo Tomás, parece sostener que los niños muertos en la vieja Ley, antes de la circuncisión, desprovistos de uso de razón, podrían haber sido salvados por Cristo, gracias a la fe de sus padres, lo cual podría aplicarse analógicamente a los niños, muertos sin bautismo, hijos de padres creyentes en la nueva Ley; materia sobre la que no hay pronunciamiento expreso de la Iglesia, que de todas maneras ofrece oraciones litúrgicas para los infantes, hijos de cristianos, muertos sin bautizar.

En el artículo sexto, «*Subió a los cielos, está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso*», explica, luminosa y piadosamente por qué nos fue útil la Ascensión. Primero, para guiarnos, pues desconocíamos el camino, «subirá delante de ellos el que les enseñará el camino» (Hech 2,13) Segundo, para interceder por nosotros «tenemos ante el Padre un abogado, Jesucristo» (Jn 2,1). Tercero, para atraer hacia sí nuestros corazones despreciando los bienes temporales: «Donde esté tu tesoro, allí está también tu corazón» (Mt 6,21). «Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra» (Col 3,2).

En el artículo séptimo, «*Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos*», al tratar de quienes serán juzgados después de afirmar que lo serán los que existieron, existen y existirán, siguiendo en esto a san Gregorio Magno, establece una distinción en los malos entre los que serán condenados sin jui-

cio, o sea los incrédulos cuyas obras no serán sometidas a discusión porque «el que no cree ya está juzgado» (Jn 3,18) y los creyentes muertos en pecado mortal «El salario del pecado es la muerte». (Rom 6,23) Ello es totalmente antiluterano. Los buenos los divide entre los que por Dios fueron pobres de espíritu, que se salvaron sin juicio, es más, juzgarán a los buenos: «Vosotros, que me habéis seguido en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de su majestad, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel» (Mt 19,28); y, «¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles?» (I Cor 6,3) y los que se salvarán después de ser juzgados, pues murieron en gracia pero fallaron en algún punto del manejo de las cosas temporales.

En el artículo octavo, «*Creo en el Espíritu Santo*», explicando los varios frutos del Espíritu Santo en nosotros, en el cuarto fruto dice que el Espíritu Santo corrobora la esperanza y es como una prenda de que heredamos la vida eterna, pues ésta se debe al hombre en cuanto que éste se constituye en hijo de Dios, lo cual tiene lugar por una asimilación a Cristo; ahora bien nos asemejamos en la medida en que tenemos el espíritu de Cristo, que es el Espíritu Santo. «Como somos hijos de Dios, envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: Abba, Padre» (Gal 4,6).

En el artículo noveno, «*la Santa Iglesia católica*», añade, con cierta sorpresa para el lector, a las condiciones clásicas de unidad, santidad y catolicidad, la de firmeza y estabilidad, pues a pesar de las terribles sacudidas no puede ser derribada ni por las persecuciones ni por los errores: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16,18). Ni las persecuciones, ni cisma, ni herejía ni el diablo, pues la Iglesia es como una torre a la que se acoge todo el que lucha contra el diablo.

En el artículo décimo, «*La comunión de los santos, el perdón de los pecados*», el Santo fundamenta la comunión de los santos en Rom 12,5 —«Cada uno somos miembros los unos de los otros»— y se basa en ella para indicar que entre las verdades de fe que transmitieron los Apóstoles, se encuentra la de que en la Iglesia existe una comunicación de bienes. En este artículo enumera y hace una cortísima explicación de los siete sacramentos con una referencia original y poco conocida al sacramento de la Confirmación, del que resalta la magnitud de la gracia que proporciona, hasta el punto de afirmar que en el caso de muerte de dos niños, el confirmado tendrá más gloria que el no confirmado, porque recibió más gracia. Siempre llama la atención, en un hombre de tanta capacidad especulativa, su sentido práctico, orientado a la realidad de la vida cristiana.

El artículo undécimo trata de «*La resurrección de la carne*». Santo Tomás dice que la fe y la esperanza

en la resurrección nos son muy útiles para sobrepornos a la tristeza de la muerte de los seres queridos: «Hermanos, no queremos que ignoréis la suerte de los difuntos, para que no os entristezcáis como los hombres sin esperanza» (I Thes 4,12); para librarnos del miedo a la muerte «Para aniquilar por medio de su muerte al que detentaba el señorío de la muerte, es decir, al diablo, y libertar a cuantos, por miedo a la muerte, estaban de por vida sometidos a la esclavitud» (Heb 2,14-15); para que nos afanemos a hacer el bien y evitemos el mal. Al tratar de las condiciones del cuerpo, enumera los aspectos de identidad corporal, calidad, integridad; no habrá ni cojos ni ciegos ni defectos y en cuanto a la edad, hace una afirmación atrevida, pues dice que resucitaremos a la edad perfecta, 32-33 años, pues razona que a los niños se les otorgará lo que falta para la perfección y a los ancianos les será devuelto lo perdido. Lo basa en la epístola a los Efesios (4,13): «Hasta que lleguemos todos... a varón perfecto, según la medida de la edad de madurez de Cristo».

El artículo duodécimo afirma la fe en «*La vida eterna. Amén*». Considera el Santo cuatro notas: la unión con Dios, que san Agustín describe como «Veremos, amaremos, alabaremos»; la perfecta saciedad de todos los deseos, todo lo apetecible sobreabundará; la seguridad total sin tristeza, ni trabajos ni miedo y finalmente la feliz compañía de todos los bienaventurados comenzando por los más próximos en esta vida.

**N**o seguiremos al Santo en su comentario catequético del Padrenuestro, Avemaría y Decálogo, pero sí haremos una referencia a las cinco cualidades de la oración, que expone en su introducción al Paternoster. La oración debe ser «*confiada, recta, ordenada, devota y humilde*».

*Confiada* en el doble sentido de confianza y sin presentar fallos en la fe. Cita los fundamentos bíblicos (Hab 4; Iac 1,6): «que pida con fe sin vacilación alguna». La oración del Padrenuestro está compuesta por el mismo Cristo, que nos la enseñó. Cristo nos escucha, juntamente con el Padre, a quien va dirigida. De ella jamás se sale sin provecho, hasta el punto de que, según san Agustín, por la misma se nos perdonan los pecados veniales.

*Recta*, que atiende a que se pida a Dios lo conveniente. Santo Tomás hace notar la dificultad de implorar las cosas convenientes: «Nosotros no sabemos pedir como conviene» (Rom 8,26). Los discípulos ya dijeron «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11,1). Por ello es tan importante la oración del Padrenuestro, que hace

decir a san Agustín: «Si nuestra oración es recta y atinada, cualesquiera que sean las palabras que empleemos, no haremos otra cosa que repetir lo que ya se encuentra en la oración dominical». Aunque no lo diga santo Tomás en este caso, y amparándonos en la nota de confianza, no nos debemos recatar de pedir al Señor, si bien añadiendo que no se haga nuestra voluntad sino la suya, a ejemplo de su oración en el huerto de Getsemaní, sabiendo, además, que las peticiones relacionadas con la salvación propia o ajena son siempre gratas.

*Ordenada*, anteponiendo las cosas del cielo a las de la tierra: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura» (Mt 6,33).

*Devota*, que lo hace agradable a Dios, pues nace de la caridad, que es amor a Dios y al prójimo. En la oración dominical se pone de manifiesto el amor a Dios al llamarle Padre y al prójimo cuando rogamos por todos al decir *nuestro*.

*Humildad*, no fiando nada en las propias fuerzas sino esperando alcanzarlo todo de Dios: «Atendió a la oración de los humildes» (Ps 101,18), tal como sucede en la parábola del fariseo y del publicano.

Santo Tomás enumera tres beneficios de la oración:

–Libra de los pecados cometidos. Oración del buen ladrón y del publicano. Libra del temor de los pecados futuros: «¿Hay alguno triste entre vosotros? Que ore» (Iac 5,13); y de las persecuciones y enemigos: «En vez de amarme, hablarán mal de mí, pero yo hacía oración» (Ps 108,4).

–Es eficaz y útil para conseguir los deseos: «Todo cuanto pidáis en la oración, creed que lo recibiréis» (Mt 11,24). Muchas veces nuestra falta de insistencia, o no pedir lo más conveniente para nuestra salvación, es causa de no ser atendidos. «Es necesario orar siempre y no desfallecer» (Lc 18,1).

–Finalmente, nos familiariza con Dios: «Suba mi oración como incienso en tu presencia» (Ps 140,2).

Como conclusión, expondremos una nota piadosamente mariana. Precisamente se ha dicho en ocasiones que santo Tomás no sobresale, en comparación con otros, por su marianismo. Pues bien, en el opúsculo *La exposición de los dos mandamientos del amor*, comentando el tercer mandamiento, después de significar el domingo, como día santo cristiano por la Resurrección del Señor, hace la siguiente espléndida y piadosa afirmación mariana: «dedicamos, sin embargo, el sábado a la veneración de la Virgen gloriosa, que conservó en este día la fe en la totalidad del Misterio de Cristo mientras él estaba muerto».

# La libertad de las escuelas

«Esta Santa Sede favorece la libertad de las escuelas. Nos mismo, decía Benedicto XIV en 1748, aunque como persona privada sigo una determinada posición, como Sumo Pontífice no repruebo las opuestas ni consiento que sean por otros reprobadas... Los obispos compórtense del mismo modo» (DS 2665).

Es este un texto clásico en la formulación del principio de libertad en las escuelas católicas. En lo que no ha habido una decisión definitiva al servicio de la fe, o en lo que en el campo filosófico no ha sido declarado verdad necesariamente conexa con la fe católica (véase Catecismo de la Iglesia católica, núm. 308), la Iglesia, salvo en aquellos casos en que ha formulado advertencias sobre la poca seguridad de algunas doctrinas, exige el respeto a las posiciones que adopten los teólogos y filósofos.

Pío XI lo estableció claramente ante el riesgo de que las clarísimas y enérgicas recomendaciones de la filosofía de santo Tomás por parte de la autoridad de la Iglesia fuesen interpretadas abusivamente como imposiciones doctrinales que coartasen la libertad de investigación. Lo hizo en su encíclica *Studiorum ducem*, de 29 de junio de 1923. (Aunque allí mismo recuerda que todos deben comportarse según la norma del Derecho canónico entonces vigente [can. 1366] de modo que todos puedan verdaderamente llamar al Doctor Angélico su maestro.)

Esta energía en la defensa de la autoridad de la Iglesia misma –ya santo Tomás decía que más hay

que estar a la autoridad de la Iglesia que a la de Jerónimo, Agustín o cualquier otro Doctor– tampoco habría de ser tomada como una cortapisa a las convicciones o una imposición del escepticismo filosófico o teológico.

En el propio documento de Benedicto XIV de 1748 referente a la libertad y mutuo respeto entre las escuelas en cuestiones entonces muy disputadas, se recuerda que «a ningún superior eclesiástico le compete en la presente situación de las cosas removerlos [a los tomistas] de su opinión» (DS 2564). Su sistema había sido reiteradamente recomendado como acorde con la fe en documentos pontificios que a la vez reconocieron la libertad de las otras escuelas. En el citado texto Benedicto XIV quiere dejar claro que esta libertad no puede ser invocada para obligar a los que se profesaban seguidores de santo Tomás a abandonar sus propias interpretaciones sobre las cuestiones disputadas entre las escuelas.

En el terreno de las opiniones de los sistemas filosóficos este mismo criterio puede ayudar a los tomistas a librarse del temor que expresaron algunos hombres de Iglesia, como el cardenal Villeneuve de Quebec, a que la libertad concedida acerca de las «24 Tesis» pudiese ser prácticamente invocada en favor de cierto relativismo o escepticismo en el orden del saber racional y filosófico.

FRANCISCO CANALS VIDAL

*Fragmento del fresco de las Estancias vaticanas pintado por Rafael «La disputa del Sacramento». Los personajes representados son Duns Scoto, san Ambrosio, estático, en actitud contemplativa, san Agustín, con el brazo extendido hacia el amanuense y, entre ambos, un poco más al fondo, santo Tomás, que mira hacia un lado. El personaje de la izquierda, con el brazo alzado, es desconocido.*



# La voz del Magisterio sobre toda guerra

## El «Catecismo de la Iglesia católica» define las condiciones de una guerra justa

No sabemos si cuando esta revista llegue a nuestros lectores se habrá desencadenado la guerra, se mantendrá la tensa situación de las últimas semanas o se habrá disipado ya toda amenaza de conflicto. En cualquiera de los casos, la voz de la Iglesia, expresada a través del «Catecismo» promulgado por Juan Pablo II hace diez años, juzga sobre la guerra, sus causas y sus consecuencias, sobre lo que pueda ser una guerra justa. También en esto la Iglesia sigue fiel a su misión de ofrecer su doctrina perenne, basada en la Escritura y en la enseñanza de sus grandes Doctores, como ya habían hecho aquellos hombres de Iglesia que, hace siglos, definieron las normas por las que debía regirse el derecho internacional. Podrán variar los motivos, las circunstancias, las armas, el número y la fuerza de los países combatientes, pero los principios son de siempre. Que Cristo, Príncipe de la paz, ilumine a quienes, por razón de su responsabilidad, incumbe tomar decisiones en materia tan grave; e ilumine también a todos los que se atreven a emitir juicios públicos sobre la misma.

### III.- LA DEFENSA DE LA PAZ

2302. Recordando el precepto: «no matarás» (Mt 5,21), nuestro Señor pide la paz del corazón y denuncia la inmoralidad de la cólera homicida y del odio: La *cólera* es un deseo de venganza. «Desear la venganza para el mal de aquel a quien es preciso castigar, es ilícito»; pero es loable imponer una reparación «para la corrección de los vicios y el mantenimiento de la justicia» (santo Tomás de Aquino). Si la cólera llega hasta el deseo deliberado de matar al prójimo o de herirlo gravemente, constituye una falta grave contra la caridad; es pecado mortal. El Señor dice: «Todo aquel que se encolerice contra su hermano, será réo ante el tribunal» (Mt 5,22).

2303. El *odio* voluntario es contrario a la caridad. El odio al prójimo es pecado cuando se le desea deliberadamente un mal. El odio al prójimo es un pecado grave cuando se le desea deliberadamente un daño grave. «Pues yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial...» (Mt 5,44-45).

2304. El respeto y el desarrollo de la vida humana exigen la paz. La paz no es sólo ausencia de guerra y no se limita a asegurar el equilibrio de fuerzas adversas. La paz no puede alcanzarse en la tierra, sin la salvaguardia de los bienes de las personas, la libre comunicación entre los seres humanos, el respeto de la dignidad de las personas y de los pueblos, la práctica asidua de la fraternidad. Es la «tranquilidad del

orden» (san Agustín, civ. 19,13). Es obra de la justicia (cf. Is 32,17) y efecto de la caridad (cf. GS 78,1-2).

2305. La paz terrenal es imagen y fruto de la paz de Cristo, el «Príncipe de la paz» mesiánica (Is 9,5). Por la sangre de su cruz, «dio muerte al odio en su carne» (Ef 2,16; cf. Col 1,20-22), reconcilió con Dios a los hombres e hizo de su Iglesia el sacramento de la unidad del género humano y de su unión con Dios. «Él es nuestra paz» (Ef 2,14). Declara «bienaventurados a los que construyen la paz» (Mt 5,9).

2306. Los que renuncian a la acción violenta y sangrienta y recurren para la defensa de los derechos del hombre a medios que están al alcance de los más débiles, dan testimonio de caridad evangélica, siempre que esto se haga sin lesionar los derechos y obligaciones de los otros hombres y de las sociedades. Atestiguan legítimamente la gravedad de los riesgos físicos y morales del recurso a la violencia con sus ruinas y sus muertes (cf. GS 78,5).

2307. El quinto mandamiento condena la destrucción voluntaria de la vida humana. A causa de los males y de las injusticias que ocasiona toda guerra, la Iglesia insta constantemente a todos a orar y actuar para que la Bondad divina nos libre de la antigua servidumbre de la guerra (cf. GS 81,4).

2308. Todo ciudadano y todo gobernante están obligados a empeñarse en evitar las guerras. Sin embar-

go, «mientras exista el riesgo de guerra y falte una autoridad internacional competente y provista de la fuerza correspondiente, una vez agotados todos los medios de acuerdo pacífico, no se podrá negar a los gobiernos el derecho a la legítima defensa» (GS 79,4).

2309. Se han de considerar con rigor las condiciones estrictas de una *legítima defensa mediante la fuerza militar*. La gravedad de semejante decisión somete a ésta a condiciones rigurosas de legitimidad moral. Es preciso a la vez:

– Que el daño causado por el agresor a la nación o a la comunidad de las naciones sea duradero, grave y cierto.

– Que todos los demás medios para poner fin a la agresión hayan resultado impracticables o ineficaces.

– Que se reúnan las condiciones serias de éxito.

– Que el empleo de las armas no entrañe males y desórdenes más graves que el mal que se pretende eliminar. El poder de los medios modernos de destrucción obliga a una prudencia extrema en la apreciación de esta condición. Estos son los elementos tradicionales enumerados en la doctrina llamada de la «guerra justa». La apreciación de estas condiciones de legitimidad moral pertenece al juicio prudente de quienes están a cargo del bien común.

2310. Los poderes públicos tienen en este caso el derecho y el deber de imponer a los ciudadanos las *obligaciones necesarias para la defensa nacional*. Los que se dedican al servicio de la patria en la vida militar son servidores de la seguridad y de la libertad de los pueblos. Si realizan correctamente su tarea, colaboran verdaderamente al bien común de la nación y al mantenimiento de la paz (cf. GS 79,5).

2311. Los poderes públicos atenderán equitativamente al caso de quienes, por motivos de conciencia, rehúsan el empleo de las armas; éstos siguen obligados a servir de otra forma a la comunidad humana (cf. GS 79,3).

2312. La Iglesia y la razón humana declaran la validez permanente de la *ley moral durante los conflictos armados*. «Una vez estallada desgraciadamente la guerra, no todo es lícito entre los contendientes» (GS 79,4).

2313. Es preciso respetar y tratar con humanidad a los no combatientes, a los soldados heridos y a los prisioneros. Las acciones deliberadamente contrarias al derecho de gentes y a sus principios universales, como asimismo las disposiciones que las ordenan, son crímenes. Una obediencia ciega no basta para excu-

sar a los que se someten a ella. Así, el exterminio de un pueblo, de una nación o de una minoría étnica debe ser condenado como un pecado mortal. Existe la obligación moral de desobedecer aquellas decisiones que ordenan genocidios.

2314. «Toda acción bélica que tiende indiscriminadamente a la destrucción de ciudades enteras o de amplias regiones con sus habitantes, es un crimen contra Dios y contra el hombre mismo, que hay que condenar con firmeza y sin vacilaciones» (GS 80,4). Un riesgo de la guerra moderna consiste en facilitar a los que poseen armas científicas, especialmente atómicas, biológicas o químicas, la ocasión de cometer semejantes crímenes.

2315. La *acumulación de armas* es para muchos como una manera paradójica de apartar de la guerra a posibles adversarios. Ven en ella el más eficaz de los medios para asegurar la paz entre las naciones. Este procedimiento de disuasión merece severas reservas morales. La *carrera de armamentos* no asegura la paz. En lugar de eliminar las causas de guerra, corre el riesgo de agravarlas. La inversión de riquezas fabulosas en la fabricación de armas siempre más modernas impide la ayuda a los pueblos indigentes, y obstaculiza su desarrollo. El exceso de armamento multiplica las razones de conflictos y aumenta el riesgo de contagio.

2316. La *producción y el comercio de armas* atañen hondamente al bien común de las naciones y de la comunidad internacional. Por tanto, las autoridades tienen el derecho y el deber de regularlas. La búsqueda de intereses privados o colectivos a corto plazo no legitima empresas que fomentan violencias y conflictos entre las naciones, y que comprometen el orden jurídico internacional.

2317. Las injusticias, las desigualdades excesivas de orden económico o social, la envidia, la desconfianza y el orgullo, que existen entre los hombres y las naciones, amenazan sin cesar la paz y causan las guerras. Todo lo que se hace para superar estos desórdenes contribuye a edificar la paz y evitar la guerra: en la medida en que los hombres son pecadores, les amenaza y les amenazará hasta la venida de Cristo el peligro de guerra; en la medida en que, unidos por la caridad, superan el pecado, se superan también las violencias hasta que se cumpla la palabra: «De sus espadas forjarán arados y de sus lanzas, podaderas. Ninguna nación levantará ya más la espada contra otra y no se adiestrarán más para el combate» (Is 2,4) (GS 78,6).

# Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (II)

## María Beatriz de Este, princesa de Módena, duquesa de York y reina de Inglaterra

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

### María Beatriz de Este, la reina que sí cumplió el deseo del Corazón de Jesús de pedir a la Santa Sede la institución de su fiesta en toda la Iglesia

«*Me parece, mi querida Madre, que será cosa muy agradable a este divino Corazón, servirse del medio que le ha inspirado, de escribir a mi respetable hermana, la superiora de Chaillot, respecto al proyecto que Vuestra Caridad nos indica*», escribía el 28 de agosto de 1689 santa Margarita María a la madre De Saumaise, que se hallaba entonces en Dijon (carta 107).

EL Corazón de Jesús iba desvelando sus proyectos a Margarita María, que se le quejaba de ser incapaz de llevarlos a cabo, pero, celosa de su cumplimiento, se las ingeniaba hasta hallar el camino de su ejecución, camino que normalmente pasaba por su antigua superiora y confidente la madre De Saumaise. Acabado su mandato en Paray, se hallaba ésta en el monasterio de Dijon, donde gozaba de gran prestigio, de relaciones con todos los monasterios de la Visitación, y de la plena confianza de sus superioras, lo que le daba la total libertad de actuación de que carecía Margarita María.

Sus confidencias a la madre De Saumaise, pudiendo ser leídas por personas inconvenientes, aconsejaban tomar precauciones, lo que hace que el texto de la anterior carta pueda parecernos enigmático.

¿Qué proyecto le había indicado la madre De Saumaise, y por qué le parecía inspirado por el Corazón de Jesús el escribir a la superiora de Chaillot? El proyecto no era otro que el de conseguir hacer llegar a su destinatario, el rey Luis XIV, las peticiones que le hacía el Corazón de Jesús, ya que «*le ha escogido por su fiel amigo para que haga cuanto pueda a fin de que la Santa Sede autorice la misa en su honor y obtener todos los privilegios que deben acompañar a la devoción del divino Corazón*» (carta 107), y el medio, hacerlo llegar a través de la madre Croiset, superiora del monasterio de la Visitación de Chaillot.

### Los siervos fieles que hicieron lo mandado, y los que no

Santa Margarita, la madre De Saumaise y la superiora de Chaillot hicieron lo que se les requería para que el mensaje llegara, pero el rey Luis, llamado por sus contemporáneos «el Grande» —a quien el Corazón de Jesús, apartando la vista de sus iniquidades y escándalos, se dignó estar dispuesto a tenerle por fiel amigo, si reconciliándose con el Papa, que lo había excomulgado en secreto, obtenía que la Santa Sede aprobara la Misa en honor a su Sagrado Corazón—, no quiso aceptar el encargo.

Pero, como escribe santa Margarita María al padre Croiset: «*Os aseguro de parte del Corazón de Jesús... que se ha propuesto concederos las gracias que había destinado a otro, el cual, por sus ocupaciones, se excusó de hacer lo que vos habéis hecho*» (carta 131, de 10 de agosto de 1689), cuando aquél en quien el Corazón de Jesús ha pensado para una misión no quiere aceptarla, como que sus designios han de cumplirse, el encargo se lo encomienda a otro, a quien concede también las gracias previstas para el primero; y así, rehusada la gestión ante la Santa Sede por el Rey Sol, la pasó a otro destinatario real, no deslumbrante, orgulloso ni poderoso, sino humanamente fracasado y despreciado, como suelen ser sus verdaderos amigos. La persona de quien quiso servirse el Corazón de Jesús, fue María Beatriz de Este, duquesa de York, y luego reina de Inglaterra.

### El monasterio de la Visitación de Chaillot, residencia de reinas inglesas desterradas

SANTA Margarita María se consumía de impaciencia: «*¿No habría medio de conseguir que la Santa Sede Apostólica aprobara la misa en honor del Divino Corazón?... no sé de quien se querrá servir para ello, pues ya muchos han visto frustrados sus intentos*» (carta 122, al padre Croiset de 15 de septiembre de 1689), cuando recibió la noticia de que su confidente, la madre De Saumaise, iba a escribir a la superiora de Chaillot.

En Chaillot, tan próximo a París que hoy es uno de sus barrios, existía desde hacía medio siglo un monasterio de la Visitación de fundación real, familiarmente vinculado a la corte de Francia y a la de Inglaterra de los Estuardo. El monasterio había sido ya cuarenta años antes residencia de otra reina inglesa desterrada, la francesa Enriqueta María, esposa de Carlos I Estuardo, madre de Jacobo II y, por tanto, suegra de nuestra protagonista María Beatriz.

Enriqueta María, hija de Enrique IV, casó en 1625 a los 16 años con Carlos Estuardo, rey de Inglaterra, y llegó a Londres con instrucciones de la carmelita Magdalena de San José y del padre De Bérulle de procurar con prudencia reconducir a su nuevo pueblo a la fe verdadera, pero el odio puritano preparó una campaña contra la joven reina, a la que acusaban de fanática papista y francesa refinada, que pretendía acabar con las libertades del pueblo. Desatada la guerra civil, en 1644 tuvo que huir y exiliarse a Francia, donde recibió la noticia de que su esposo el rey Carlos I había sido decapitado por Cromwell.

Se retiró al monasterio de la Visitación de Chaillot, y la anterior reina, audaz y caprichosa, se tornó devota y piadosa, y recordando el anuncio que de joven le había hecho san Francisco de Sales, de que Dios la destinaba a sostener a su Iglesia, intentó que sus hijos volvieran a la fe verdadera de la Iglesia romana. Carlos, indiferente a todo principio, prefirió la corona a su fe, y sólo se hizo católico al morir, cuando ya no tenía ningún bien terreno que perder. El duque de Gloucester y la princesa de Orange permanecieron celosos protestantes. Sólo Jacobo, el duque de York, se inició en la fe católica, y por ello algún día volvería a París para morir despojado y desterrado como su madre. Enriqueta María moriría en 1669, y un historiador dijo de ella que «hizo un santo uso de sus males». Bossuet la enalteció en una famosa oración fúnebre. Fue enterrada en Saint-Denis, pero su corazón fue cedido al monasterio de la Visitación de Chaillot, tenido por la familia real bajo su protección.

## Chaillot, camino de acceso a Luis XIV

LA llegada en 1688, veinte años después que su nuera, la también desterrada reina María Beatriz, al palacio de la vecina localidad de Saint-Germain-en-Laye, antigua sede de los reyes hasta trasladarse a Versalles, gentilmente cedido por Luis XIV, había reavivado las históricas relaciones del monasterio de Chaillot con la familia real inglesa exiliada. La madre De Saumaise sabía que allí tenía

habitual residencia la antigua y real oyente del padre La Colombière, siempre distinguida en la corte, y muy admirada por el rey Luis XIV. Sabía también que Bourdaloue era asiduo de la casa, y que por él se podía llegar al confesor del rey, padre La Chaise, quien como superior en su día de Claudio la Colombière se hallaba al corriente de los acontecimientos de Paray.

Desde 1685 era superiora del monasterio de Chaillot la madre María Luisa Croiset. En 1688 la noticia de la revolución en Inglaterra sembró la consternación en la comunidad. La madre Croiset y sus hijas ayunaron y se mortificaron para alcanzar de Dios una mirada de misericordia sobre sus reales bienhechores de la otra orilla del canal de la Mancha,

pero sus oraciones no fueron atendidas, y Jacobo II, desterrado en Francia, recordando el especial cariño que su madre Enriqueta tenía por el monasterio de Chaillot, el primer viernes de cuaresma de 1689, en la víspera de emprender su fatal expedición a Irlanda, vino en persona a confiar a la madre Croiset a su esposa, la reina María Beatriz, viviendo ésta como una más de las religiosas de la Visitación, desde el martes santo hasta el regreso del rey derrotado. La madre De Saumaise era conocedora de la estancia de María Beatriz en Chaillot, y cómo ésta confiaba plenamente en su superiora la madre Croiset, «a la que abría su corazón con aquella entera confianza, que con nadie había tenido desde el padre La Colombière». Muy devota del Sagrado Corazón, la madre Croiset en 1691 solicitaría a su obispo licencia para establecer su culto público, petición que le sería denegada, pero no





por ello dejó de transmitir a sus hijas su ardiente celo por la devoción, recibida de la madre De Saumaise.

## Luis XIV y la Inglaterra de finales del siglo XVII

**E**L deslumbrante Luis XIV se ufanaba de ser protector y mecenas de los pobres reyes ingleses Estuardo, hijos del decapitado Carlos I, restaurados en el trono una vez disipada la utopía puritana, siempre dependientes de los subsidios que les concedía o no el Parlamento. Estos reyes, Carlos II, y luego su hermano Jacobo II, oficialmente cabezas de la iglesia anglicana, en su fuero interno no tenían a esta iglesia nacional por verdadera y, siguiendo el consejo de su madre Enriqueta María, procuraban, en la medida de lo posible, aliviar la suerte de sus súbditos católicos y encaminar a Inglaterra hacia el retorno a la Iglesia romana.

Luis XIV, fiel a su política de buscar primero, no el reino de Dios, sino la hegemonía francesa en Europa, por la que él debía ceñir la corona imperial de Carlomagno —de la que debía antes despojar a sus envidiados Habsburgos—, alentaba los intentos de restauración católica inglesa, pero sólo los apoyaba de veras en la medida en que coincidían con sus intereses, y los abandonaba a su suerte, conspirando secretamente con anglicanos y calvinistas, cuando los intereses de la Iglesia divergían de su conveniencia política, procurando en uno y otro caso dejar a su protegida Inglaterra y a su enemiga Holanda enfrentadas, debilitadas y sometidas a Francia. La ruina de los Estuardo, y con ella la de la restauración católica en Inglaterra, se debió a haber ligado su suerte a Luis XIV, de quien sus últimos reyes sentían servil admiración por su radiante omnipotencia, aceptando ser sus asalariados.

En 1672, el Parlamento protestante, como respuesta a la alianza francesa, y ante la declaración de indulgencia real con los católicos, impuso al rey el «*Test Act*», prueba por la que, para acceder a todo cargo público había que acreditar fidelidad a la supremacía del rey sobre la Iglesia y negar expresamente la doctrina católica de la transubstanciación eucarística. El Parlamento exigía a los funcionarios, como requisito previo, recibir el sacramento de la Eucaristía según el rito anglicano, obligándoles a suscribir un juramento con la siguiente fórmula: «Declaro que creo que no se opera transubstanciación en el sacramento de la Cena del Señor, ni antes ni después de la consagración, sea quien fuere quien lo haga».

Jacobo, duque de York, hermano menor del rey y su presunto heredero, no queriendo traicionar a su conciencia, confesó públicamente su catolicismo y se negó a jurar, afrontando con valentía la amenaza de apartamiento de la sucesión al trono. Era valiente y decidi-

do, pero —algo usual en su ambiente— de costumbres poco edificantes. Se había enamorado durante su destierro en Francia de Ana Hyde, hija del primer ministro de su hermano, lord Clarendon, con la que se casó, primero en secreto, y luego públicamente, y de cuyo matrimonio nacieron dos hijas, futuras reinas inglesas: María, que, por razones de equilibrio religioso, su tío Carlos II casó con el protestante Guillermo de Orange, y Ana, a quien por el mismo motivo lo hizo con el luterano Jorge de Dinamarca.

## En busca de esposa para el viudo duque de York

**P**ERO, empecemos por el comienzo de la historia de esta verdadera amiga del Corazón de Jesús, que como instrumento de sus designios, arranca en 1673, en que la princesa María Beatriz de Este, de quince años, alegre, hermosa y piadosa, se impacientaba por ingresar como novicia en el monasterio de la Visitación de su ciudad de Módena, en Italia. Pero los planes de la Providencia eran otros...

Jacobo, duque de York, había enviudado de Ana Hyde, que murió en el catolicismo, dejando que sus hijas María y Ana se educaran en la fe protestante. Pero siendo de desear un heredero varón, y para mejor garantía de su título que naciese de una princesa real, y habiéndose declarado públicamente católico el duque de York en 1670, había que buscarle una esposa entre las princesas católicas casaderas. La diplomacia francesa, para evitar una princesa de la casa de Austria, se fijó en la italiana María Beatriz e inició las gestiones con su padre Alfonso IV, gran duque de Módena, a quien el proyecto de Luis XIV de emparentarlo con la casa real inglesa llenó de satisfacción.

Pero, al proponérselo a su hija, ésta lo rechazó, pues había escogido otro esposo celestial, incomparablemente más digno de su amor que el disoluto viudo Jacobo, que le llevaba 25 años. Los ruegos familiares no lograban cambiar su decisión de no casarse ni con Jacobo ni con nadie, pues había decidido ingresar en el monasterio de la Visitación, fundado por su madre la gran duquesa Laura Martinuzzi. El embajador de Francia informó a Luis XIV del fracaso de su gestión, pero éste no se dio por vencido, y él y Carlos II escribieron al Papa insistiendo en la importancia para la Iglesia de dicho matrimonio, en aras de la vuelta de Inglaterra a la fe católica, si la piadosa princesa italiana llegaba un día a ser, como se esperaba, reina del país.

La misiva tuvo éxito porque el Corazón de Jesús había escogido a la princesa María Beatriz para sus proyectos, y así propició un hecho quizás único en la historia: que un papa, Clemente X, escribiera el 19 de septiembre de 1673 un Breve a una princesita de

15 años: «Dilectae in Christo filiae Nobili Puellae Mariae Principissi Estensi, Clemens P.P.X.», rogándole, en bien de la Iglesia, que aceptara casarse con el duque de York.

### **Tras un rápido matrimonio por poderes, María Beatriz, ya duquesa de York, marcha a Londres**

**A**L recibir la carta del Papa, María Beatriz sacrificó sus deseos y accedió de inmediato. No pudiendo despedirse, escribió a la superiora de la Visitación de Módena una carta que termina con estas palabras: «Os abrazo en el Corazón de Jesús, así como a todas mis hermanas», y once días después, el 30 de septiembre, antes de que se reuniese el Parlamento inglés y pudiese oponerse, se celebraba el matrimonio por poderes. Los protestantes llamaron a María Beatriz «hija mayor del Papa» y emisaria de Luis XIV. Antes de que María Beatriz llegara a Londres, los Comunes votaron una propuesta al rey, alertándole del peligro de papismo que entrañaba el matrimonio, suplicándole que ordenase no se consumara, pues debía anularse y el duque casarse con una protestante. El rey tuvo que cerrar el Parlamento. Este fue el recibimiento que tuvo la joven María Beatriz en su nueva patria, el país de las cruces, como le llamaría el que sería su capellán.

Eran los días en que el Corazón de Jesús, al otro lado del Canal de la Mancha, revelaba por vez primera a santa Margarita María en Paray-le-Monial sus designios de misericordia, y para llevarlos a cabo iba a hacer converger a su servicio a dos de sus elegidas: la visitandina Margarita María de Alacoque en Borgoña, y a su frustrada hermana en religión, ya duquesa de York, María Beatriz de Módena, primero en Londres y luego en el exilio de Francia. El hombre que las iba a vincular, atendiendo sucesivamente a una y a otra, era un fiel amigo escogido de su Corazón, un joven jesuita llamado Claudio la Colombière.

### **Claudio la Colombière, enviado como predicador a María Beatriz, duquesa de York**

**C**OMO princesa real, según las capitulaciones matrimoniales, la duquesa de York tenía derecho a un capellán católico en su palacio de Saint-James. El anterior había sido expulsado del país, acusado de haber intentado convertir a un protestante, por lo que el padre La Chaise, encargado de Luis XIV para la provisión de cargos eclesiásticos, le envió como nuevo capellán y brillante predicador a un joven jesuita, quien, por haberse dejado contagiar por las imaginaciones de una joven visionaria, acababa de ser retirado de su misión de confesor del monaste-

rio de salesas de Paray-le-Monial. Así, en octubre de 1676, la duquesa de York, María Beatriz tuvo el gran consuelo de ver llegar al palacio de Saint-James a Claudio la Colombière, ardiente apóstol de la devoción al Corazón de Jesús.

Al mes de su llegada, escribe el padre Claudio a la madre De Saumaise: «Estoy ya acostumbrado a la vida de los ingleses como si me hubiese criado en Londres. He encontrado gran número de católicos, pero dicen que hay pocos buenos. No me asombra, si tuviésemos tan poca ayuda en Francia como tienen aquí, estaríamos aun peor que ellos. No se permite a los súbditos del rey de Inglaterra ir a las capillas de los embajadores a oír misa, y desde que estoy aquí han puesto guardias a su puerta, y hasta en la de la Reina, para detener a los ingleses que vieren salir».

Ya hemos expuesto cómo en su retiro de ejercicios de Londres de enero de 1677 el padre Claudio escribía: «Ya la he inspirado [la devoción al Corazón de Jesús] a muchas personas en Inglaterra», y cómo el futuro mártir franciscano padre Wall pudo decirle: «Vengo a buscar junto a usted la fortaleza y el consejo del Sagrado Corazón de Jesús. Todo el país sabe que es usted su apóstol». Si así habla quien le vio una sola vez, cuáles no serían las confidencias que le haría a la duquesa María Beatriz, su más asidua oyente y piadosa discípula, que por su consejo hacía media hora diaria de oración y, cosa rara en su tiempo entre los seculares, comulgaba cada ocho días.

### **María Beatriz y el padre Claudio, protectores de los católicos ingleses**

**B**EATRIZ, ante la persecución legal, no permaneció ociosa y, de acuerdo con su capellán, puso bajo su personal protección a las religiosas discípulas de la intrépida María Ward, lo que les permitió que, presentándose como damas nobles, abrieran un colegio en la White Friar Street de Londres, al que los católicos podían llevar a sus hijas, llegando a educar a más de trescientas alumnas. Uno de los cargos que se imputaron al padre La Colombière ante los comisarios de la Cámara de los Lores fue precisamente que protegía a unas religiosas católicas ocultas en Londres.

Claudio pedía a Dios un descendiente para Jacobo y María Beatriz que asegurase la sucesión católica, pero ésta se malograba: «La Señora Duquesa ha dado a luz un Príncipe hace ocho días, no se puede decir con qué alegría de los católicos», escribía feliz a la madre De Saumaise, pero pocos días después: «Le escribo sólo para darle cuenta de la muerte del Principito que Dios nos había dado, lo que ha afligido mucho a todos los católicos. Sus padres han recibido esta pena de la manera más cristiana del mundo». Así

María Beatriz escribe: «En estos cinco años he estado siempre encinta, y he perdido todos mis hijos. Ha sido un consuelo verlos morir en edad temprana, pues hubiera tenido que educarlos en la religión protestante». Su esposo Jacobo asentía: «Creo que Dios ha previsto que no vivirá ningún hijo mío hasta que podamos educarlos en la verdadera religión».

### **Tras el fantástico *popish plot* se desata furiosa persecución contra los católicos**

**E**L consuelo y la predicación del padre Claudio, al igual que a Margarita María, sólo duraría a María Beatriz dos años. A finales de 1678, Tito Oats, que había recorrido distintas sectas, fingió convertirse al catolicismo e ingresó como novicio jesuita en su colegio inglés de Valladolid, del que sería expulsado. Volvió a la isla y denunció una supuesta conjuración de los jesuitas para asesinar al rey, hacer desembarcar un ejército francés y acabar con el protestantismo y la libertad de Inglaterra. María de Módena quedó particularmente señalada, pues entre los conjurados Tito Oats nombró a Edward Coleman, secretario particular de su marido y, registrada su correspondencia, aparecieron unas cartas cifradas comprometedoras con el padre La Chaise, el jesuita confesor de Luis XIV que le había enviado a su capellán. Esta correspondencia fue el cargo más grave que llevó a Coleman al cadalso el 12 de diciembre. El Parlamento llegó a pedir el destierro de la duquesa de York, a la que presentaban como espía del papismo en la corte.

Se desató furiosa persecución contra los católicos y se aprobó un *bill* para apartar definitivamente a su marido de la sucesión al trono, y por el que los pares católicos perdieron su puesto en las cámaras, de las que, sólo por serlo, se vieron privados de acceder durante 150 largos años, hasta 1829. La gran mayoría de sacerdotes católicos fueron apresados, pues el premio por su captura era elevado: 20 libras, que llegaban a las 100 por un jesuita. En la invocada patria de las libertades, y poco antes del inicio de la «gloriosa» Revolución inglesa, modelo de todas las que traerían después la libertad al mundo entero, fueron ejecutados 24 sacerdotes por el mero hecho de pretender ejercer su ministerio.

A las tres de la mañana del 14 de noviembre de 1678 fue detenido el padre La Colombière en su aposento del palacio real y encarcelado en la tenebrosa cárcel de King's Bench. Gracias a las gestiones de

María Beatriz y de su cuñado el rey, y por su condición de capellán de la corte, sólo fue condenado a destierro, siendo expulsado de Inglaterra a mediados de diciembre, al tiempo en que entre gritos de júbilo del populacho londinense, acusados de traición, eran ahorcados ocho jesuitas compañeros suyos, que hoy le acompañan en el cielo y en los altares.

Para intentar aplacar la ira contra el duque de York, su hermano el rey le hizo la indigna proposición de que retornara a la Iglesia anglicana, que Jacobo rehusó ofendido, por lo que tuvo que marchar a Escocia con su esposa María. Para congraciarse con sus airados enemigos, el rey Carlos II aprobó la ignominiosa condena y ejecución del inocente arzobispo Plunket de Dublín. Sería el último de los 365 mártires de la Iglesia católica de Inglaterra desde 1535 a 1681. Pío XI canonizaría a los primeros en 1935, y Paulo VI a cuarenta más en 1970.

### **María Beatriz, reina de Inglaterra**

**E**L 1 de febrero de 1685 sufrió el rey un ataque de apoplejía. Los obispos anglicanos le quisieron dar la Comunión según su rito, a lo que éste se negó, y pidió a su hermano Jacobo que le enviara un sacerdote católico. Tras las persecuciones era difícil hallarlo, pero recurrieron al monje benedictino Huddleston que, por haber salvado la vida al rey, vivía de incógnito en palacio. Carlos, en el lecho de muerte declaró que quería morir en la Iglesia católica, que se arrepentía de su mala vida y de haber diferido hasta entonces su reconciliación.

Pese al *bill* de los Comunes, el duque de York fue reconocido sin dificultad como Jacobo II, rey de los tres reinos, haciéndole jurar que conservaría las constituciones de la Iglesia y del Estado, tal como las recibía, y el 3 de mayo de 1685 fue solemnemente coronado, convirtiéndose así María Beatriz de Módena en reina de Inglaterra. El deseado acontecimiento, por el que doce años antes el Papa le había rogado se casase con el duque Jacobo, había llegado. El Papa, el beato Inocencio XI, y todos los católicos de la Cristiandad oraban expectantes: si del acceso al trono inglés de estos reyes católicos se seguiría la esperada vuelta del país a la fe verdadera, o si las anteriores penas y trabajos sufridas por María Beatriz no serían sino preparación para mayores pruebas y sacrificios con que el Corazón de Jesús iba a purificarla para la nueva misión que le tenía destinada, ya como reina de Inglaterra. De esto hablaremos en un próximo artículo.

## «Para reinar en todas partes y juzgar a los vivos y a los muertos»

«El reino no se realizará mediante un triunfo histórico de la Iglesia (cf. Ap 13,8) en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal (cf. Ap 20,7-10), que hará descender desde el cielo a su Esposa (Ap 21,2-4). El triunfo de Dios sobre la rebelión del mal tomará la forma de juicio final (cf. Ap. 20,12), después de la última sacudida cósmica de este mundo que pasa (cf. 2 Pe 3,12-13)». (*Catecismo de la Iglesia católica*, núm. 677)

«La Iglesia universal del Dios verdadero confiesa y profesa que Cristo ha de venir del cielo a juzgar a los vivos y a los muertos, y a esto le llamamos nosotros “último día del divino juicio”, esto es, el tiempo último. Pues, por cuántos días se extienda este juicio, es incierto: pero las Escrituras santas usualmente ponen el término *día* en lugar de *tiempo*, como no ignora el que haya leído, por más ligeramente que lo haya hecho, aquellas letras santas. Así pues, cuando decimos “día del juicio de Dios”, añadimos *último* o *novísimo*, lo que indica que también ahora juzga y que desde el principio del tiempo juzgó». (San Agustín, *La ciudad de Dios*, l. XX, cap. 1, núm. 2)

«Así como por María vino Dios al mundo la vez primera en humildad y anonadamiento, ¿no podría también decirse que por María vendrá la segunda vez, como la Iglesia le espera, a reinar en todas partes y juzgar a los vivos y a los muertos? ¿Cómo y cuándo, quién lo sabe? Pero yo bien sé que Dios, cuyos pensamientos se apartan de los nuestros más que el cielo de la tierra, vendrá en el tiempo y modo menos esperado de los hombres, aun de los más sabios y entendidos en la Escritura, que está en este punto muy oscura.

Al fin de los tiempos, y tal vez más pronto de lo que se piensa... esta divina Soberana hará grandes maravillas en la tierra para destruir en ella el pecado y establecer el reinado de Jesucristo, su Hijo, sobre el mundo corrompido». (San Luis María Grignon de Montfort, *El secreto de María*, núm. 57)

# Las reliquias de santa Teresita han visitado el Líbano

Aludíamos en la «Actualidad religiosa» de nuestro número anterior al paso de las reliquias de santa Teresita del Niño Jesús por el país de los Cedros antes de llegar a Irak. De aquella visita ha llegado a nuestras manos el testimonio de la superiora del convento de Carmelitas Descalzas de Harissa (Líbano), que reproducimos a continuación.

**C**ÓMO podremos expresar en pocas palabras todo lo vivido durante este tiempo de gracia...? Después de haber recorrido 26 países y haber dejado caer sobre todos ellos su prometida lluvia de rosas, Teresita ha llegado al Líbano.

Primero de septiembre. La acogida «real» en el aeropuerto internacional de Beirut. Las autoridades eclesíásticas y civiles estaban allí y un gentío de 30.000 personas aclamaban a la Santita echando pétalos de rosas sobre su relicario, llevado en andas por tres padres carmelitas y tres monjes mariamitas... Este año se celebra en el Líbano el jubileo de la primera iglesia dedicada en todo el mundo a santa Teresita; fueron los monjes mariamitas, que ya antes de ser beatificada pidieron a Roma dedicar una iglesia a Teresita... Roma contestó que había que esperar a su beatificación, pero que esa iglesia de los monjes sería la primera en el mundo de gozar como titular a Teresita. Y con ese privilegio, creció enormemente la devoción a la Santita en el país y ella corresponde a maravilla, concediendo gracias de todo género.

Y en Lisieux brotó la buena ocurrencia de la «peregrinación de las reliquias». ¿No había dicho ella que en el cielo continuaría su misión?, ¿que quería recorrer el mundo entero?, ¿que pasaría su cielo haciendo bien sobre la tierra...? Todas estas ansias se cumplen y esta «peregrinación» está dando muchos frutos... No es ahora el momento para hacer mención de las maravillas que ha obrado por donde ha pasado, curaciones milagrosas y muchas gracias espirituales, verdaderas conversiones; nos limitaremos a dar algunos «flashes» de su paso por Harissa.

Con antelación nos avisaron que llegaría al Carmelo el 21 de octubre y permanecería hasta el 24. Por donde pasaba Teresita se la recibía con grandes festejos, se organizaban horas de oración, misas solemnes. Su paso movilizaba todas las posibilidades de los devotos (que son muchos en el Líbano) para que el paso de las reliquias fuese para todos una gracia de conversión o de ascensión hacia el Señor. Varios teléfonos, parroquias, congregaciones religiosas... pregun-

tando a las Carmelitas si podían ceder algunas horas de la estancia de las reliquias en el Carmelo para que pasase por sus casas religiosas o parroquias... Señor Jesús, ¿qué hacer? Al fin, cedimos algunas horas. Debía llegar al Carmelo el 21 a las tres de la tarde, viniendo de la basílica de Nuestra Señora del Líbano. Nos pusimos de acuerdo y se modificó el trayecto. De Nuestra Señora del Líbano fue a visitar las parroquias de Daraoun y Harissa: acogida calurosa, oraciones, cantos, todo el pueblo la siguió a la basílica de los Padres Paúles, luego a la parroquia de Batha y a eso de las diez de la noche llegaba al Carmelo.

Nos preguntábamos: ¿cómo haremos para organizar la estancia de las reliquias? Nosotras en la clausura... invocamos a Teresita y la solución se presentó, mucho mejor de lo que hubiésemos pensado. Un grupo de jóvenes universitarios, chicos y chicas, nos preguntan si necesitamos su colaboración para organizar la llegada y la estancia de las reliquias. ¡Claro que sí! Unos días más tarde vuelven diciendo que se han comprometido con un grupo de scouts, en total son unos cuarenta jóvenes, y que han tenido algunas ideas que quieren exponer a las monjas para recibir su aprobación... Lo primero, imprimir un folleto sobre santa Teresita... sobre todo con oraciones de la Santa, fotografías de ella muy escogidas, etc. Para ello piden nuestra colaboración. Nos ponemos al trabajo. Pensamos en una impresión en blanco y negro, pero los jóvenes la quieren a todo color... Pero, ¿y el precio? Al fin, preguntan a una imprenta. Quieren decorar todo el aparcamiento y la subida que da acceso al convento, quieren cubrirlo de rosas, de pósters, de letreros alusivos... Nos piden permiso para recibir a la Santita con cohetes, fuegos artificiales, con cantos, quieren organizar en la portería una tiendecita para vender iconos y estampas de Teresita, quieren con un gran toldo cubrir todo el aparcamiento por si llueve, quieren instalar dos grandes altavoces pues, como que la iglesia es pequeña, la gente pueda participar desde afuera, quieren... «Madre, denos permiso para...», «Andad, hijos, y haced por Teresita todo lo que os

«... pida vuestro corazón y vuestro amor». Y una semana antes los jóvenes empezaron los trabajos: con qué respeto, con qué diligencia, con gran olvido de ellos. Se pasaron varias noches trabajando y qué preciosidad de ornamentación. Sobre inmensas telas de saco cubiertas de flores con escritos, el más grande decía «Thérèse dans son Carmel». Los vecinos se unieron al entusiasmo de esos chicos; un señor informó a la municipalidad, que inmediatamente envió obreros para limpiar todo el trayecto que conduce al Carmelo, unos cien metros, y colocar banderolas del Líbano y de Teresita, los guardias para hacer escolta y poner orden y vigilar las reliquias... Muchos letreros, muy artísticos, indicando que Teresita en SU Carmelo pedía silencio, orar en silencio... Y tantas cosas más que son difíciles de expresar. Esos jóvenes habían traído pan, queso, bollos, bebidas, etc. Y las monjitas les preparaban los bocadillos y así se arreglaban, comiendo y trabajando sin perder un momento.

El domingo 20 de octubre se anunciaba lluvioso. ¡Santo Dios, y todas esas decoraciones! Guardemos la paz del corazón y... usemos nuestra gran arma, la oración. Un precioso arco iris... la lluvia cesa, las nubes se disipan y luce el sol. Todo estaba preparado, pero ese lunes 21 teníamos una gran fiesta, la profesión solemne de nuestra querida hermana María Reina de la Misericordia. Con esa ocasión su querida mamá mandó cuatro floristas dos días antes y decoraron toda la iglesia, como para una boda... ¿acaso no son las Bodas del Cordero...? La iglesia cantaba fiesta, alegría... unos centros de flores preciosos, los bancos también adornados, las columnas, una cenefa sobre la reja... y a las nueve comenzó la solemne divina liturgia presidida por Su Beatitud Gregorio III, dos obispos y seis sacerdotes, entre ellos nuestro padre provincial, que pertenece al rito grecocatólico. ¡Bellísima ceremonia! Todas estábamos muy felices por la coincidencia, pues nuestra hermana María Reina quiere mucho a Teresita y en el día de su profesión viene a visitarla... coincidencias que son más bien detalles de ternura y de amor de nuestro Dios.

Después de la ceremonia, como de costumbre, la visita en el locutorio con familiares y amigos... regalos, una tarta preciosa con una foto de Teresita y luego la recreación, los cantos a la nueva profesita y... a preparar la iglesia para acoger a Teresita. A puerta

cerrada colocamos una gran mesa, revestida de sa-tén, oro y rojo, junto a la reja, entramos todos los bancos, procurando dejar todo el sitio libre para recibir a la gente, algunas sillas plegadas... y a esperar.

Y a eso de las diez de la noche, las campanas de la gran basílica de los Padres Paúles anunciaban la salida de las reliquias de Teresita hacia el Carmelo. La traían en una camioneta adornada con rosas y mucha gente la acompañaba. El padre Fadi, mariamita, el pa-

dre Michel, OCD, con otros padres, eran los encargados y responsables de la comitiva. Unos cien metros antes de llegar al Carmelo pararon, descendieron el relicario para ser llevado a hombros por el grupo de jóvenes, los organizadores de la recepción en el Carmelo. A estos jóvenes, los responsables de la peregrinación de las reliquias, les preguntaron: ¿quiénes sois vosotros? Ellos se dieron el nombre de «granito de arena» y así nació ese grupo de valientes y decididos universitarios, a quienes estos tres días pasados en el Carmelo les han descubierto horizontes hasta entonces ignorados... quieren ser como un granito de arena, escondidos, humildes, sin apropiarse éxitos... y trabajar escondidos por Cristo... Así ha nacido en esta iglesia local un nuevo impulso de donación.

Al descender de la camioneta el relicario, los fuegos artificiales... ¡qué preciosidad!, una fuente de luces en esa noche que anunciaba la llegada de Teresa a su Carmelo. El grupo de chicas lo llevaba a hombros y al llegar a la puerta grande se alzó

una cascada de mil globos, algunos de ellos con fotos enormes de Teresita. Antes de empezar la marcha, el padre Fadi anunció a los presentes: «Ahora vamos a entrar en el Carmelo. Teresita viene a su casa y es casa de oración. Se suplica a todos que guarden silencio y entre todos hacer un ambiente propicio al recogimiento». La marcha siguió en silencio hasta entrar en la iglesia. Se colocó el relicario sobre la mesa instalada de antemano y las gentes empezaron la veneración.

Los «granitos de arena» habían instalado unas cuerdas entre las columnas de la iglesia para facilitar la veneración: así se entraba por un sitio y siguiendo las cuerdas llegaban al relicario y la salida por el otro extremo sin tropezarse, sin empujarse. Todo se hizo con un orden y un silencio admirables. La gente se quedó orando hasta la una de la madrugada. Luego se cerró la iglesia, que se volvió a abrir a las seis de la



mañana. Durante estos días se han celebrado tres misas solemnes en rito griego melquita, cinco en rito maronita y una en rito latino.

El día 22 por la tarde vinieron a venerar las reliquias muchos familiares, amigos, conocidos y desconocidos, un gentío, pero impresionaba el silencio y el recogimiento de todos. A eso de las seis de la tarde, el padre Guillaume, rector del seminario Redemptoris Mater del neocatecumenado pronunció una breve homilía dando a conocer a Teresita y su doctrina. Expuso la «conversión» de Teresita y la nuestra. Todo muy provechoso. Y la sorpresa, Magida Roumi, una gran cantante (no sólo conocida en el Líbano), joven, muy íntima de nuestro Carmelo y gran devota de Teresita, se colocó junto a la reja, muy discretamente y cantó, con mucha devoción, algunos versos del salmo 50 y otros cantos alusivos a Teresita, con tanta unción, que muchas personas lloraban. Al final, una de nuestras monjas echó desde una de las ventanas de la cúpula pétalos de rosas que cayeron en cascada sobre los asistentes... como simbolizando la lluvia de gracias prometida por la Santita de Lisieux.

El día 23, a las siete, la «gran divina liturgia» con varios concelebrantes, la coral de los Padres Paúles y preciosa homilía del general de los Paúles. A las 9, misa de rito latino celebrada por nueve sacerdotes, e imposición de escapularios a 420 personas, nuevos cofrades de la Virgen del Carmen. Siguieron las confesiones todo el día. A las doce, una liturgia en rito maronita. La afluencia de fieles para venerar las reliquias prosiguió sin interrupción. Los «granitos de arena» mantenían el orden, con una dignidad y recogimiento extraordinarios... A las cuatro llegaron con el padre Michel, OCD, las Hermanas Misioneras de Santa Teresa (Congregación italiana de Florencia) con un grupo de alumnos, en su mayoría niños y niñas, que cantaron a santa Teresita, oraron, leyeron unos textos de la Santa, de la Escritura y del santo Evangelio, intercalando silencios y cantos muy lindos. Y continuó la veneración y la plegaria de las gentes. Muchas de las personas nos habían dicho de antemano: «Nosotros iremos a venerar las reliquias de Teresita a su convento. Allí la encontraremos», y así fue. Entraba ya la noche... era la última que iba a pasar en el Carmelo... hasta las tres de la mañana los grupos de gentes se sucedieron. A eso de las nueve, los «granitos de arena», con cirios encendidos, hicieron una promesa de fidelidad al Señor y se ofrecieron a servir su causa... con palabras muy sencillas y sentidas frases de Teresita, y luego rezaron el Rosario (los quince misterios). Sin duda que los ángeles estaban de fiesta y presentaban esa ofrenda al Dios tres veces Santo, uniendo sus voces a las de esos «granitos de arena»... qué grandes son a los ojos de Dios, las obras hechas con amor y sencillez, aunque sean pequeñitas, como granitos de arena.

A las tres de la mañana, se cerraba la iglesia y las monjitas, con esa diligencia que les es propia, hicieron irrupción, con escobas y pozales y en un abrir y cerrar de ojos dejaron todo reluciente y limpio como un sol. Renovaron algunas flores mustias, y allí nos quedamos en oración junto a la urna de las reliquias hasta las seis de la mañana, en que de nuevo se abrieron las puertas a los fieles. Divina Liturgia muy solemne y... el adiós a Teresita. Para ello, el padre Fadi anunció a los presentes: «Ahora todos nos vamos a retirar de la iglesia, la vamos a dejar vacía, para que las carmelitas puedan salir a ella, nosotros nos retiraremos, no sólo hasta la puerta, sino varios metros del aparcamiento, de forma que las monjas lleven en hombros el relicario hasta la puerta de la iglesia. Allí los jóvenes «granitos de arena» sustituirán a las carmelitas y ellos proseguirán la marcha. Con un orden impresionante, así fue. Las diez monjitas más jóvenes, a la cabeza las dos postulantes y las demás en dos filas junto a la puerta, con los velos sobre el rostro, llevaron el relicario y lo entregaron a los jóvenes. La puerta se cerró y el gentío siguió la comitiva hacia el vecino orfanato, en donde los huerfanitos esperaban a la Santita para venerarla. En principio, las reliquias debían haber permanecido en el Carmelo hasta la tarde, pero eran tantos los que deseaban gozar de ellas... que con gusto las vimos salir hacia el orfanato Ghosta, los padres de Bzoumar (armenios católicos) y el Colegio de las Hermanas Libanesas de Santa Teresa. El fin del recorrido de ese día 24 era el asilo de ancianos en Beirut de las Hermanas Libanesas de Santa Teresa. La llegada estaba prevista para las ocho de la tarde... pero llegó hacia las seis de la mañana. Fueron tantos los que pararon la comitiva en el camino...

Y vaya ahora, algo que brota del corazón de estos libaneses. Esta acogida a Teresita no es folclor, no es histerismo, no son devociones a «bobas»... no, el Líbano pasa por el momento más acuciante de la historia... ayer mismo la televisión anunciaba la identidad islámica de este país, este Líbano (la Siro-Fenicia) que desde la predicación del Señor Jesús es cristiano... la manifestación de los libaneses, no es histeria, no, es el grito del corazón de un pueblo cristiano que pierde su identidad... no aspira a ser únicamente cristiano, el Líbano, lo dijo el Santo Padre y lo repite, no es un país, es un mensaje... este mensaje de amor y de convivencia entre cristianos e islámicos en el que ha vivido sus mejores años y que intereses económicos o políticos quieren destruir, y valiéndose de esa arma poderosa que es la mentira y la calumnia inventa odios y divisiones entre religiones y creyentes capaces de vivir unidos proclamando que Dios es grande y Su misericordia, infinita... ¡Qué contrario al Evangelio, el fanatismo y la ambición! Que la dulce Madre de Dios, Madre de todos los hombres, interceda, Ella, la siempre oída, por todos nosotros, pobres pecadores.

## El Avemaría

### Sus excelencias

La Santísima Virgen recibió esta divina salutación en orden a llevar a feliz término el asunto más sublime e importante del mundo, a saber: la encarnación del Verbo eterno, la reconciliación entre Dios y los hombres y la redención del género humano. Embajador de esta buena noticia fue el arcángel Gabriel, uno de los primeros príncipes de la corte celestial.

La salutación angélica contiene la fe y esperanza de los Patriarcas, de los profetas y de los apóstoles. Es la constancia y la fortaleza de los mártires, la ciencia de los doctores, la perseverancia de los confesores y la vida de los religiosos (beato Alano). Es el cántico nuevo de la ley de la gracia, la alegría de los ángeles y de los hombres y el terror y confusión de los demonios.

Por la salutación angélica, Dios se hizo hombre, una virgen se convirtió en Madre de Dios, las almas de los justos fueron liberadas del limbo, se repararon las ruinas del cielo y los tronos vacíos fueron de nuevo ocupados, el pecado fue perdonado, se nos devolvió la gracia, se curaron las enfermedades, los muertos resucitaron, se llamó a los desterrados, se aplacó la Santísima Trinidad y los hombres obtuvieron la vida eterna. Finalmente, la salutación angélica es el arco iris, la señal de la clemencia y de la gracia dadas al mundo por Dios (beato Alano).

### Su belleza

La salutación angélica es uno de los cánticos más bellos que podemos entonar a la gloria del Altísimo: «Te cantaré un cántico nuevo». La salutación angélica es precisamente el cántico nuevo que David predijo se cantaría en la venida del Mesías.

Hay un cántico antiguo y un cántico nuevo. El antiguo es el que cantaron los israelitas en acción de gracias por... todos los favores celestiales. El cántico nuevo es el que entonan los cristianos en acción de gracias por la Encarnación y la Redención. Dado que estos prodigios se realizaron por el saludo del ángel, repetimos esta salutación para agradecer a la Santísima Trinidad por tan inestimables beneficios.

Alabamos a Dios Padre por haber amado tanto al mundo que le dio su Unigénito para salvarlo. Bendecimos a Dios Hijo por haber descendido del cielo a la tierra, por haberse hecho hombre y habernos salvado. Glorificamos al Espíritu Santo por haber formado en el seno de la Virgen María su cuerpo purísimo, que fue víctima de nuestros pecados. Con estos sentimientos de gratitud debemos rezar la salutación angélica, acompañándola de

actos de fe, esperanza, caridad y acción de gracias por el beneficio de nuestra salvación.

Aunque este cántico nuevo se dirige directamente a la Madre de Dios y contiene sus elogios, es –no obstante– muy glorioso para la Santísima Trinidad, porque todo el honor que tributamos a la Santísima Virgen vuelve a Dios, causa de todas sus perfecciones y virtudes. Con él glorificamos a Dios Padre, porque honramos a la más perfecta de sus criaturas. Glorificamos al Hijo, porque alabamos a su Purísima Madre. Glorificamos al Espíritu Santo, porque admiramos las gracias con que colmó a su Esposa.

Del mismo modo que la Santísima Virgen con su hermoso cántico, el Magnificat, dirige a Dios las alabanzas y bendiciones que le tributó santa Isabel por su eminente dignidad de Madre del Señor, dirige inmediatamente a Dios los elogios y bendiciones que le presentamos mediante la salutación angélica.

Si la salutación angélica glorifica a la Santísima Trinidad, también constituye la más perfecta alabanza que podamos dirigir a María.

Deseaba santa Matilde saber cuál era el mejor medio para testimoniar su tierna devoción a la Madre de Dios. Un día, arrebatada en éxtasis, vio a la Santísima Virgen que llevaba sobre el pecho la salutación angélica en letras de oro, y le dijo: «Hija mía, nadie puede honrarme con saludo más agradable que el que me ofreció la adorabilísima Trinidad. Por él me elevó a la dignidad de Madre de Dios. La palabra *ave* –que es el nombre de Eva– me hizo saber que Dios en su omnipotencia me había preservado de toda mancha de pecado y de las calamidades a que estuvo sometida la primera mujer.

El nombre de María –que significa Señora de la luz– indica que Dios me colmó de sabiduría y luz, como astro brillante, para iluminar los cielos y la tierra.

Las palabras «llena de gracia» me recuerdan que el Espíritu Santo me colmó de tantas gracias, que puedo comunicarlas con abundancia a quienes las piden por mediación mía.

Diciendo «el Señor es contigo», siento renovarse la inefable alegría que experimenté cuando el Verbo eterno se encarnó en mi seno.

Cuando me dicen «bendita Tú eres entre todas las mujeres», tributo alabanzas a la misericordia divina, que se dignó elevarme a tan alto grado de felicidad.

Ante las palabras «bendito es el fruto de tu vientre, Jesús», todo el cielo se alegra conmigo al ver a Jesús, mi Hijo, adorado y glorificado por haber salvado al hombre.

(Fragmentos de *El secreto admirable del santísimo Rosario*, de san Luis María Grignon de Montfort)





## Pequeñas lecciones de historia

### San Francisco de Sales y Angélica Arnauld

GERARDO MANRESA

**E**STAMOS en la Francia de principios del siglo XVII, los decretos del concilio de Trento no se habían aplicado aún y la influencia de las familias en la adjudicación de los bienes eclesiásticos era importante.

La poderosa familia del abogado militar Antonio Arnauld había conseguido que su hija de 8 años, Angélica, fuera recibida en la Orden de san Benito y a los once años, con notorio engaño a la Santa Sede, fuera investida abadesa de Port-Royal. En los claustros franceses, como en los españoles antes de santa Teresa, las costumbres y modos de vivir eran, en muchos casos, palaciegos.

La niña-abadesa fue creciendo y formando un carácter fuerte como su padre, incapaz de hacer cosas a medias. A los 16 años, oyendo la predicación de un capuchino sobre las humillaciones de Cristo, comprendió la impostura de su vida y resolvió seguir a Cristo en la abnegación y la perfección cristiana. Consiguió la reforma del monasterio de Port-Royal, impuso austeridad y disciplina rigurosas y reforzó la clausura, se entregó a la alabanza de Dios y al trabajo monacal. Su ansia le hizo trasladarse a otros monasterios benedictinos a conseguir igualmente su reforma. En el monasterio de Maubuisson, con la abadesa, Angélica d'Estrée, había llegado la máxima degradación, de forma que su abadesa fue encarcelada y las monjas no aceptaban las imposiciones de la nueva abadesa, la madre Arnauld.

Dos libros ayudaron a la madre Angélica a estas reformas: *Introducción a la vida devota* y *Tratado del amor divino*. El autor de dichos libros, san Francisco de Sales, se encontraba en París y la madre Angélica tuvo ganas de conocerlo.

La ocasión se presentó cuando, el 5 de abril de 1619, el obispo de Ginebra aceptó confirmar a la sobrina de monsieur Bonneuil, novicia de la abadía de Maubuisson. La madre Angélica quedó impresionada por el santo obispo y le rogó que volviera para conversar en privado y confiarle su dirección espiritual.

San Francisco de Sales volvió al monasterio en diversas ocasiones durante el verano de aquel año, y a finales de agosto estuvo retirado en el mismo para recuperarse de una enfermedad.

La espiritualidad de la abadesa, que contaba entonces 27 años, iba por la línea del rigor, la renuncia y el seguimiento de la cruz desnuda. Faltaba alegría y dulzura: «Salpicad toda vuestra conversación, tanto exte-

rior como interior de sinceridad, dulzura y alegría, según el pensamiento del Apóstol: “*Alegraos siempre en el Señor, de nuevo os lo digo, alegraos; que vuestra bondad sea siempre conocida de los hombres*” (Fil 4,4). Y, si es posible, procurad igualdad en vuestro carácter para que todas vuestras acciones den testimonio del propósito que habéis hecho de amar constantemente el amor de Dios».

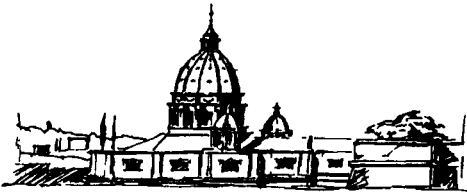
El santo obispo quiere comunicarle la alegría de la espiritualidad salesiana y busca caminos que permitan llevar la cruz sin amargar la vida propia ni la de la comunidad: «No hagáis tantas vigiliass ni mortificaciones, sino buscad el Port-Royal (Puerto Real) de la vida religiosa por el camino real del amor de Dios y el prójimo, en la humildad y la bondad». «Comer poco, trabajar mucho, tener muchas preocupaciones y negarle al cuerpo su descanso es querer obtener demasiado servicio de un caballo famélico sin dejarlo pastar».

En Angélica subyace el espíritu austero, rebelde, dominante y propenso al extremismo. La voluntad de seguir los consejos del santo de la dulzura contrarían demasiado sus actitudes vitalistas de mayor exigencia:

«Comulgad en paz, con toda humildad, para corresponder al Esposo quien, por estar unido a nosotros, se ha anonadado hasta el punto de hacerse nuestro alimento, que somos pasto y alimento para los gusanos... Oh, hija mía, quien comulga según el Espíritu del Esposo se anonada a sí mismo y dice al Esposo: moledme, asimiladme, transformadme en vos mismo. No hay nada en el mundo sobre lo que tengamos mayor dominio que el alimento que destruimos para mantenernos en vida; Nuestro Señor ha llegado a este exceso de amor, haciéndose alimento nuestro. ¿Qué podríamos hacer nosotros para que Él nos posea, nos absorba y haga de nosotros según le plazca?».

San Francisco de Sales murió el 29 de diciembre de 1622. La madre Angélica no consideró suficientemente «entregado al Señor» a su director espiritual y buscó a otro que fuera más «exigente»; así encontró, años después, al abate de Saint-Cyran que le llevó por los caminos del rigorismo hasta el jansenismo. En el año 1635, la madre Angélica renunciaba a la comunión frecuente que le había recomendado san Francisco pocos años antes y permaneció sin acercarse a comulgar desde Pascua hasta la Asunción.

El contraste de la espiritualidad salesiana con lo que será la espiritualidad jansenista, no podía ser mayor.



# ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

## La Santa Sede y la persecución nazi

Hoy en día, en que tan en boga está en los medios de comunicación poner en entredicho la actitud de la Iglesia ante la persecución nazi, la apertura de los archivos vaticanos va sacando a la luz toda una serie de documentos que demuestran el compromiso del Sumo Pontífice y el pueblo cristiano en contra de los crímenes perpetrados por el gobierno de Hitler.

Se trata, en esta ocasión, de una carta escrita por la doctora Edith Stein, hoy santa Teresa Benedicta de la Cruz, al entonces Vicario de Cristo Pío XI solicitando su intervención ante el inicio de la persecución de judíos y católicos por el gobierno nazi. Esta carta, fechada el 12 de abril de 1933 y que anticipa hechos que ocurrirían posteriormente, fue el último documento que Edith Stein firmó como profesora en el Instituto Alemán de Pedagogía Científica en Münster, ya que la persecución judía le hizo imposible cualquier trabajo científico y docente a partir de dicha fecha.

Asimismo, otro documento rescatado de los archivos ha sido una carta de la Sagrada Congregación para los Seminarios y Universidades, fechada el 13 de abril de 1938 y dirigida a los rectores de las universidades y facultades católicas de todo el mundo, en la que se condena y prohíbe la enseñanza de la doctrina nazi. La carta muestra con claridad que «la principal aflicción del Santo Padre» es que se promuevan «las doctrinas más perniciosas falsamente coloreadas con el nombre de ciencia, con el objetivo de pervertir los espíritus y de desarraigar la auténtica religión», ordenando que todas las ciencias (desde la biología hasta la filosofía, incluyendo las ciencias jurídicas) refuten las tesis racistas del nazismo.

## El historiador sir Martin Gilbert defiende con contundencia a Pío XII

Y otro testimonio en favor de la actuación de Pío XII. Según informa la agencia Zenit, sir Martin Gilbert, considerado uno de los historiadores más grandes en vida, de origen judío, ha elogiado públicamente la labor de Pío XII a favor de los judíos durante la segunda guerra mundial.

En una entrevista transmitida el 2 de febrero pasado por la red televisiva C-Span en el programa «In

depth», ante quien le preguntaba si el papa Eugenio Pacelli fue pasivo ante el nazismo, sir Martin respondió: «Por favor, lea mi nuevo libro *The Righteous* (“El justo”). Escribo ampliamente ahí sobre la Iglesia católica, y sobre algunos de sus líderes que desempeñaron un papel extraordinario en el rescate de judíos».

«El mismo Papa fue denunciado por Joseph Goebbels, ministro de Propaganda del gobierno nazi, por haber tomado la parte de los judíos en el mensaje de Navidad de 1942, en el que criticó el racismo», recuerda.

«El Papa desempeñó también un papel, que describo con algunos detalles, en el rescate de las tres cuartas partes de los judíos de Roma», explica el historiador.

«Creo que mi libro puede restablecer, en cierto sentido, basándose en los hechos históricos, los estuendos logros de la ayuda católica a los judíos durante la guerra», concluyó.

Martin Gilbert es experto en la segunda guerra mundial y en el Holocausto. En 1968 fue nombrado biógrafo oficial de Winston Churchill. Es autor de 70 libros, entre los que destacan *El Holocausto*, *Auschwitz y los Aliados*, *La segunda guerra mundial*, *Una historia del siglo xx*.

## La «New Age»

Según informe publicado por la Santa Sede, las creencias del fenómeno religioso contemporáneo de carácter gnóstico conocido como «New Age» son incompatibles con el cristianismo.

El documento, fruto del trabajo conjunto del Consejo Pontificio de la Cultura, el Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, aclara que la Nueva Era no es exactamente una religión, sino que más bien se interesa por lo que llama «divino», asociando a ese término variadísimas actividades e ideas pero que, en ningún caso, pueden aceptarse como compatibles con la religión cristiana.

La Nueva Era, concluye el cardenal Paul Poupard, presidente del Consejo Pontificio de la Cultura, es una «respuesta equivocada» a «una cultura en crisis profunda».

## Mensaje del Papa para la Cuaresma 2003

Transcribimos a continuación algunos párrafos escogidos del mensaje del Papa para la Cuaresma 2003, recogido bajo el título «Hay mayor felicidad en dar que en recibir»:

«La Cuaresma, tiempo “fuerte” de oración, ayuno y atención a los necesitados, ofrece a todo cristiano la posibilidad de prepararse a la Pascua haciendo un serio discernimiento de la propia vida, confrontándose de manera especial con la Palabra de Dios, que ilumina el itinerario cotidiano de los creyentes.

»... San Agustín observa que sólo Dios, el Sumo Bien, es capaz de vencer las miserias del mundo. Por tanto, de la misericordia y el amor al prójimo debe brotar una relación viva con Dios y hacer constante referencia a Él, ya que nuestra alegría reside en estar cerca de Cristo.

»... Es el amor de Dios infundido en nuestros corazones el que tiene que inspirar y transformar nuestro ser y nuestro obrar. El cristiano no debe hacerse la ilusión de buscar el verdadero bien de los hermanos, si no vive la caridad de Cristo. Aunque lograra mejorar factores sociales o políticos importantes, cualquier resultado sería efímero sin la caridad.

»... Deseo de corazón que la Cuaresma sea para los creyentes un período propicio para difundir y testimoniar el Evangelio de la caridad en todo lugar, ya que la vocación a la caridad representa el corazón de toda auténtica evangelización. Para ello invoco la intercesión de María, Madre de la Iglesia. Que Ella nos acompañe en el itinerario cuaresmal. Con estos sentimientos bendigo a todos con afecto».

### Muere el «Padre Tocino»

El 31 de enero fallecía, a la edad de 90 años, el padre Werenfried Van Straaten, el «Padre Tocino», fundador de la asociación de derecho pontificio «Ayuda a la Iglesia Necesitada».

Este «destacado apóstol del amor al prójimo», siempre fiel a la Iglesia, había dedicado los últimos 56 años de su vida a sostener a la Iglesia allí donde tuviera dificultades en su misión a causa de la falta de libertad religiosa o de medios económicos. Su «ejemplar celo apostólico» ha permitido secar las lágrimas de muchos hermanos en la fe de Cristo Jesús, que por querer seguir siendo fieles discípulos suyos,

han sido torturados, encarcelados y, en muchos casos, muertos.

El padre Van Straaten, poco después de finalizar la segunda guerra mundial, en 1947, fundó la asociación «Ayuda a la Iglesia Necesitada» para destinar fondos y alimentos en Holanda y Bélgica para los desplazados alemanes y predicar a favor de la reconciliación con los que habían sido enemigos durante la guerra. El hecho de reunir cientos de toneladas de tocino entre los campesinos flamencos le valió el apodo de «Padre Tocino», con el que se hizo tan popular.

Desde principios de los años cincuenta, la AIN se esforzó por ayudar a la Iglesia perseguida en la Europa comunista. En 1962, y a petición del papa Juan XXIII, la Asociación extendió su ayuda a América Latina y, más tarde, a África y Asia.

Además de las iniciativas encaminadas a paliar necesidades alimentarias, sanitarias y de desarrollo en general, «Ayuda a la Iglesia Necesitada» tiene por objetivo principal apoyar la labor pastoral de la Iglesia amenazada de estas regiones.

Actualmente la AIN cuenta con filiales en dieciséis países y en la sede internacional, ubicada en Königstein (Alemania), se tramitan anualmente una media de diez mil proyectos presentados por sacerdotes, religiosos y obispos de más de 130 países del mundo.

El fallecimiento del padre Van Straaten ha provocado mensajes de pésame de los episcopados de todo el mundo, en particular de América Latina, Asia y África.

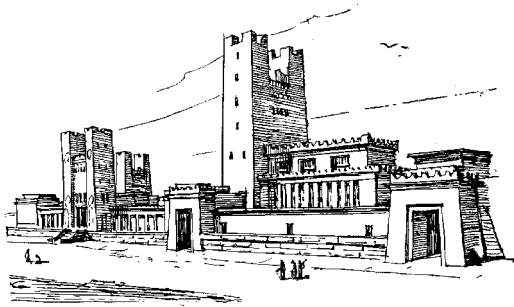
### Año de la Merced en Barcelona

Con ocasión del 800 aniversario de la redención por san Pedro Nolasco de los primeros trescientos cautivos, el cardenal arzobispo de Barcelona, Ricard María Carles, inauguró el pasado 29 de enero el Año de la Merced en la basílica de la «Princesa de Barcelona».

El cardenal Carles instó a todos los presentes en la Eucaristía a «testimoniar y vivir la fe y ayudar a todos aquellos que pueden caer por la pendiente de la marginación». Además, apuntó su deseo de impulsar la devoción a la Virgen de la Merced promoviendo la Basílica como santuario mariano barcelonés, muestra del especial amor de la Virgen por nuestra ciudad.



56



## ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

### Mentiras, mentiras y más mentiras

10 de octubre de 1990. Hace dos meses que Irak ha invadido su país vecino, Kuwait. Una adolescente kuwaití de 15 años comparece ante la Cámara de Representantes estadounidense. Con lágrimas en los ojos, describe cómo los soldados iraquíes habían irrumpido en el hospital donde trabajaba como voluntaria «con armas y pistolas, sacaron a más de trescientos niños de las incubadoras y los dejaron morir en el suelo».

El presidente Bush (padre del actual presidente norteamericano) no dudó en utilizar la historia para movilizar a una opinión pública hasta ese momento reacia a la intervención militar. Tres meses después empezaba la guerra del Golfo.

Sólo ahora se sabe, gracias a un reportaje de la televisión canadiense recompensado con un premio Emmy, que la chica era en realidad la hija del embajador de Kuwait en Estados Unidos y que su testimonio no sólo fue falso sino que había sido cuidadosamente preparado por una compañía de relaciones públicas. La revelación no ha provocado reacción alguna, tan sólo algunas columnas dentro de los espacios secundarios de la prensa mundial.

2 de febrero de 2003. El gobierno británico presenta un nuevo informe para demostrar, con información desconocida hasta el momento proveniente de sus servicios secretos, las fechorías del régimen de Saddam Hussein.

El secretario de Estado norteamericano, Colin Powell, en su intervención del 5 de febrero ante el Consejo de Seguridad de la ONU, llama la atención sobre «el magnífico informe que ha distribuido el Reino Unido, que describe con exquisito detalle las falaces actividades iraquíes».

Pocos días después, el 7 de febrero, estalla el escándalo: el informe es una burda copia, casi palabra por palabra, de antiguos trabajos universitarios realizados por estudiantes de postgrado.

¿Cuál será la próxima mentira? Con toda seguridad ya nos la han dicho, y la mayoría nos la hemos creído. Con suerte, dentro de diez años se descubrirá que todo era una invención, que las fotos eran trucadas, las grabaciones estaban manipuladas o que los testigos habían sido reclutados en una escuela de arte dramático. Es indudable que Saddam Hussein es ca-

paz de horribles crueldades, pero la mentira sistemática por parte de los dirigentes occidentales es significativa de la profunda injusticia de sus motivaciones profundas y pone en cuestión el pretendido dogma de la transparencia democrática y del imperio de la opinión pública en Occidente.

### Cristianos en Tierra Santa

LA situación de los cristianos en Tierra Santa es particularmente difícil: atrapados entre dos fuegos, entre el sionismo y el islamismo, cada vez mayor número de cristianos se ven obligados a emigrar, debilitando así la milenaria presencia cristiana en la tierra de Jesús. Árabes en su mayoría, los cristianos sufren en sus propias carnes las políticas agresivas de Israel, pero también el creciente peso e influencia de las organizaciones radicales islámicas como Hamas o Hizbolla. De hecho, y a pesar de la imagen más extendida, el número de cristianos árabes en el Estado de Israel ha pasado de 34.000 en 1949 a 117.000 en 2002. Todo lo contrario de lo que ocurre en los llamados territorios ocupados (Cisjordania y la franja de Gaza), base de la Autoridad Nacional Palestina, donde el éxodo de cristianos no hace más que intensificarse.

De hecho las comunidades cristianas sufren las consecuencias de un conflicto que ha ido intensificando en los últimos tiempos su carácter religioso (algo que los medios de comunicación occidental se empeñan en ocultar). Si la primera intifada tuvo un carácter principalmente político, la segunda ha supuesto una islamización de la resistencia árabe. De hecho, su nombre de intifada de Al Aqsa, esto es, de Jerusalén, revela que el combate es, ante todo, por la Ciudad Santa en cuanto símbolo religioso central tanto de judíos como de musulmanes.

Pero en medio de esta espiral de odio hay signos imprevistos de esperanza. Y es que no tendríamos una imagen cabal de la situación de los cristianos en Tierra Santa si ignorásemos a los «nuevos cristianos»: de los más de 250.000 trabajadores extranjeros con los que cuenta Israel, alrededor de 220.000 son cristianos. Todo un aporte de savia nueva para asegurar la vitalidad de la Iglesia en Tierra Santa.

## Los caldeos de Irak

**C**ORREN malos tiempos para los cristianos en Oriente Próximo, y no sólo en Tierra Santa. Monseñor Shelmon Warduni, obispo auxiliar del patriarcado de Babilonia de los Caldeos, ha advertido de que una guerra haría aún más difícil la supervivencia de los cristianos en Irak, que constituyen el 3% de la población del país. Actualmente, los cristianos iraquíes son unos 670.000, en su mayoría católicos de rito caldeo.

El embargo decretado tras la primera guerra del Golfo no sólo empobreció al país, sino que también provocó la emigración en masa, que ha afectado de modo particular a los cristianos. Este fenómeno, señala monseñor Warduni, se agudizaría en caso de guerra: *«La diáspora perjudicó mucho y tememos el fin de la presencia cristiana, no sólo en Irak sino también en todo Oriente Medio»*.

En Bagdad existen 80 iglesias cristianas y los cristianos han sido respetados, según el obispo, por el poder baasista. No obstante, las tensiones que siguieron a la guerra *«permitieron que un nuevo viento de fanatismo penetrara en el país»*. La baza del Islam ha sido efectivamente jugada por un régimen al que no le sobran apoyos. Sin embargo, y pese a todas las restricciones, hace tan sólo unos meses aún se permitió que las reliquias de santa Teresita viajasen a lo largo y ancho de Irak, entre el fervor de unos cristianos que, atrapados entre dos fuegos, ya sólo confían en Dios omnipotente.

## A la conquista de Roma

**P**ARA algunos es pura retórica, pero los cristianos que viven en países musulmanes no dudan en advertir de su seriedad. Mientras los cristianos nos empeñamos en un «diálogo religioso» de dudosos resultados, los imanes sunitas (nada de «fanáticos chiitas») predicán sin descanso la, según ellos profetizada, conquista de Roma y del Vaticano. El jeque Yussef al-Qaradhawi, una de las autoridades sunitas más influyentes en el mundo árabe, ha anunciado reiteradamente que *«el Islam volverá victorioso a Europa como conquistador»* en sus sermones del viernes retransmitidos por la famosa cadena de televisión de Qatar, Al-Jazira. No se trata de un caso aislado, el mismo tono es empleado por Muhammad bin Abd al-Raman al-Arifi, imán de la mezquita de la

Academia «Rey Fahd» (el máximo dignatario en Arabia Saudí), quien en sus prédicas no duda en afirmar que los musulmanes *«controlarán el territorio del Vaticano, controlarán Roma e introducirán el Islam»*. Toda una confirmación de que el Islam es una «religión de paz», como gusta de repetir nuestra intelectualidad progresista.

También en Al-Jazira, se han escuchado últimamente comentarios acerca de la islamización de Europa: *«Es probable que la próxima conquista, si Alá lo quiere así, no sea necesariamente con la espada. Europa se dará cuenta de que sufre por culpa de su cultura materialista y buscará una alternativa. No encontrará ninguna fuera del mensaje del Islam»*. A decir verdad, y en vista del panorama actual, no les falta parte de razón. Europa está agotada, su vitalidad se ha evaporado y se muestra incapaz de afrontar los retos que se le presentan. Pero se le abren más alternativas que el Islam y la vuelta a la raíz de donde extrajo su increíble dinamismo, la fe cristiana, no es la menos improbable de todas.

## Ossama Bin Laden y Pancho Villa

**L**A conexión que pueda existir entre ambos personajes parece, a primera vista, como mínimo improbable. Sin embargo, el mexicano traspasó la frontera con los Estados Unidos el 10 de marzo de 1916 y atacó la ciudad de Columbus, Nuevo México. Este ataque fue el último sobre territorio continental estadounidense hasta los atentados del 11-S.

Indignado por el suceso, el presidente Woodrow Wilson decidió capturarlo «vivo o muerto» y envió con dicho fin a México (ignorando los acuerdos de inviolabilidad territorial alcanzados en aquella época con Venustiano Carranza) a un importante contingente militar encabezado por el general John J. Pershing. Entre 1916 y 1917 intentó en vano capturar a Villa a lo largo y ancho del norte de México. Finalmente, con la entrada en la primera guerra mundial de Estados Unidos, la expedición se retiró sin haber alcanzado su objetivo.

Casi un siglo después, gran parte del guión se repite. Los Estados Unidos juegan un importante papel tanto en las crisis revolucionarias mexicanas como en la expansión islamista. Después, al ser golpeados, reaccionan pasando por alto los acuerdos en materia de derecho internacional. Finalmente, persiste la ineficacia estadounidense a la hora de capturar a sus enemigos.



*La nueva era*

Luca Doninelli

Madrid, Ediciones Encuentro, 2001

Traducción: Belén Cabello

Si el Mersault de Camus en *El extranjero* era una profecía, el protagonista de esta novela es, a la vez, su cumplimiento histórico y la descripción de uno de los prototipos de ciudadano anónimo de las ciudades occidentales: un hombre que ha madurado en la amorabilidad del relativismo, un hombre que vive una vida maquina, rutinaria, salpicada de momentos de hedonismo; un hombre que mira la realidad como si fuese un mero espectador, con una distancia que, por su frialdad, se nos antoja la de un científico que se disecciona a sí mismo; un hombre que vive la vida de otro, una vida que le parece absurda.

Leyendo la primera parte de la novela, se reproduce la vida del anti-héroe camusiano. Incluso llega el momento en que el modo de vivir del protagonista, como le ocurre a Mersault, se vuelve contra él mismo y le hace cometer un disparate. Aunque aquí ya empiezan a aparecer las diferencias. En este sentido, vemos mucho más realista la novela de Doninelli. Recordamos el asesinato de Mersault como un asesinato producto del automatismo, fruto de una situación desagradable que se hace insostenible a la sensibilidad del asesino: por eso dispara. No había razón para matar al árabe, pero hacía demasiado calor, estaba demasiado agobiado, angustiado, alguien tenía que redimir el malestar de Mersault con su muerte: por eso el árabe muere de un disparo en la playa. Sin embargo, esta otra historia es diferente. Nuestro protagonista no está completamente poseído por el absurdo, por un destino que gobierna sus pasiones. Nuestro protagonista sigue manteniendo la capacidad de admirarse ante la belleza de las cosas, la fealdad le duele, incluso parece que, de un modo lejano e incomprendible, está experimentando el amor en su propia carne, pese a que no se decide a asumir la responsabilidad de una relación tan seria. Podríamos decir que, en cierta manera, mantiene la moralidad. Por eso su asesinato, pese a ser un error, no es tan insalvable y nihilista como el que hace cometer Camus a su personaje, sino que resulta hasta cierto punto inteligible. Dicho asesinato introduce al protagonista en un purgatorio personal, que coincide con su ingreso en la cárcel. Al principio no va a ser capaz de asumir su culpa, pero poco a poco va a ir descubriendo un nuevo modo de mirar la vida. Él mismo nos dice: «En aquel horrible lugar encontré lo que nunca había encontrado fuera: una sencillez que incluso el engaño, la mentira y la violencia no conseguían eliminar. Muchos de nosotros habíamos matado y los que se decían víctimas de errores ju-

diciales eran peores que los demás: más hipócritas, menos dispuestos al sacrificio, más indiferentes al dolor que, allí dentro, debido a la constricción física, era de cada uno y, al mismo tiempo, de todos –mientras que fuera, normalmente, se perdía en mil riachuelos de palabras, teorías, hipótesis, para depositarse después como una losa en la conciencia de los individuos, sin ninguna esperanza de ser compartido».

Lo que hace, por tanto, nuestro protagonista, no es otra cosa que descubrir el mal como algo hacia lo que todo el mundo se inclina, descubre el valor de la comunidad en el sostén de la vida de la persona, descubre que no hay que escandalizarse ante el pecado, sea propio o ajeno, sino aceptar la realidad que tenemos como punto de partida de un camino de redención. «Cuando un hombre ha matado –nos dice– puede volver a matar fácilmente, y yo, a pesar de mi conducta *ejemplar* –eso ha dicho el Director–, sé que me podría suceder. Soy un asesino. No es marca de infamia, sino la realidad.» Así, el protagonista está en la cárcel incubando una intuición: el hombre necesita ser salvado por «otro». Lo vemos cuando, al final, nos confiesa: «Cada mañana, cuando amanece, lo primero que veo detrás de la ventana de la celda es una rama torcida que la atraviesa casi horizontalmente y pertenece a alguna planta cultivada de quién sabe qué patio o terraza. A esta pequeña visión, como yo la llamo, me he aficionado profundamente y cuando salga de aquí sentiré tenerla que conservar sólo en la memoria».

Alguno pensará que el autor podía haber concretado más el final, saber de quién puede venir ese perdón y esa redención que se insinúa necesaria para todos. En cierto modo tendría razón, pero también creemos que a quien afirmase eso le fallaría la prudencia en el juicio cultural. Actualmente la cultura es anti-cultura, más que ser el lugar donde el hombre es guiado en su crecimiento personal, es ahora una estructura de pecado. En ese sentido, lo que es muy positivo en el libro es que habla de nuestro mundo, de lo que sucede hoy, sin tapujos, que no se escandaliza de nada, y que centra la clave de conseguir remontar esta coyuntura más en recuperar el sentido de lo bueno y de lo malo que en arengar a la multitud indiferente con juicios que no están preparados para entender. El autor nos viene a decir que ya sería mucho conseguir un mundo donde se mirasen las cosas de nuevo con afecto, donde el hombre fuese consciente de su pusilanimidad, y donde se reconociese que necesitamos el perdón. Sólo así, creo yo, el hombre será capaz de entender el mensaje cristiano cuando le llegue. Por eso el libro es recomendable, porque es un libro bien escrito en la forma cuyo mensaje es culturalmente saludable, frente al farallón de literatura *new age* que inunda nuestras librerías.

Por cierto, como colofón, y sintiendo no abundar más

en este tema, cabría decir que a lo largo de toda la novela se hace, además, una crítica a la espiritualidad de moda, a la «nueva era». Se trata de la espiritualidad propia de una cultura nihilista, ya que no se contradice con ella. El protagonista juzga así la *new age* cuando recuerda a Clara, una de sus alumnas: «Me había hablado del alma colectiva y de su deseo ardiente de no ser más ella misma en cuanto pudiera liberarse de su propio cuerpo. Me di cuenta entonces, por primera vez, del inmenso deseo de muerte que ardía detrás de la “nueva era” que su doctora le había anunciado y detrás del amor que le unía a su príncipe azul. Yo, con mi acción arbitraria, no había interrumpido ese amor, o ese “flujo de energía”, como habría dicho ella: sólo había hecho mía su carrera desenfrenada hacia la muerte».

Tras leer este libro vemos claro que, frente a lo que propone la *new age*, no hay que negar la realidad y que si queremos ser realistas debemos mirar al mundo en que vivimos hoy sin escándalo de sus males. Sólo sabiendo quiénes somos, podremos recibir el perdón y la salvación. Doninelli nos ayuda a mantenernos en esta conciencia.

### *Sobre el poder en la modernidad y posmodernidad*

Javier Barrycoa

Barcelona, Scire/Balmes Distribuidora, 2003

**H**ACIA tiempo que no nos encontrábamos leyendo un ensayo político de verdadera síntesis, corto, denso, pero claro. Se adivina fácilmente que tras él se esconden muchas horas de pensamiento y de docencia en sociología y política.

El libro empieza con una rápida aproximación a las dificultades que ofrece el estudio de lo que solemos llamar *poder*. A través de estas primeras páginas se entiende que la lectura merece la pena y que este libro era necesario, aunque sólo sea para ordenar nuestras ideas. Se percibe en el autor un conocimiento profundo de la bibliografía acerca del poder desde todas las disciplinas desde las que este tema es abordable.

En la segunda parte del libro se explica la formación histórica de lo que es el poder en la modernidad y los mecanismos que utiliza el Leviatán para dominar al individuo. Asistimos a la demostración de la gran influencia de la Reforma protestante en el nacimiento de la modernidad política, así como a la substitución de la religión por la política que se va produciendo a medida que va avanzando el proceso de secularización. El Estado redentor se va a encargar a partir de este momento de religar la vida del ciudadano.

En la tercera parte se nos revela lo más novedoso y arriesgado del presente libro: el estudio del poder en la posmodernidad. Es novedoso porque es políticamente incorrecto desvelar los mecanismos de dominación del poder actual, y más, hacerlo en continuidad con el estudio

de los mecanismos modernos, más bien físicos, frente a los más sibilinos métodos de dominación subjetiva vigentes hoy en día, que el autor nos va desgranando para nuestra sorpresa y dilección. Por ejemplo, el autor afirma: «Valores posmodernos como la solidaridad, la ecología o el multiculturalismo no son casuales, sino que permiten consolidar la actual estructura de poder». Con respecto al *multiculturalismo*, por ejemplo, argumenta: «cuando la igualdad que genera el poder político no consiste en una igualdad económica, sino en una homogeneización por aculturización, el multiculturalismo alivia el proceso homogeneizador». En cuanto a la *ecología*, señala curiosas paradojas: «Si respecto a la sexualidad la observación de toda naturaleza nos lleva a asociar la sexualidad con la reproducción, esta evidencia es rechazada ampliamente en la posmodernidad, culminando con la tesis: *sexo sin reproducción y reproducción sin sexo*». Mientras que sobre la *solidaridad* recuerda *El imperio de lo efímero* de Lipovetski cuando dice: «El compromiso (solidario) en cuerpo y alma ha sido substituido por la participación pasajera, a la carta, a la que uno consagra el tiempo y el dinero que quiere y por la que se moviliza cuando quiere, como quiere y conforme a los deseos primordiales de autonomía individual».

Como decíamos, el libro es también arriesgado, porque, estando todavía inmersos en el estado de cosas descrito, puede costar ganar la distancia necesaria como para descubrir esas herramientas de dominación sin verse a la vez preso de férreos planteamientos deterministas, pesimistas y desesperanzados. Pese a que este riesgo se bordea durante toda la lectura, nos ha parecido que el autor consigue escapar airoso. Y esto queda claro en su «Epílogo a modo de decálogo», donde apunta soluciones a esa esclavitud casi ineluctable a la que nos abocaba el análisis del escenario político descrito anteriormente. Son soluciones casi telegráficas, pero creemos que da en el clavo: redescubrimiento del individuo como persona, como ser social e histórico; aplicación del principio de subsidiariedad; protección de la familia; asociación de los individuos frente al poder... Lo verdaderamente curioso es que todas estas soluciones pasan por volver a mirar al hombre y a la sociedad como nos enseña a mirarlos la Iglesia. Al final, también en política, cuando la razón lucha por entender la realidad, la fe no niega sino que corona la reflexión.

Como crítica sólo le haremos una: creemos que hubiese merecido la pena alargar un poco el libro y complementarlo con el estudio de algunas de las realidades sociales existentes hoy en día que cumplen o intentan cumplir con lo que el autor considera en su decálogo final. Creo sinceramente que, dentro de su límite, una de dichas realidades sociales serían los movimientos sociales católicos. Pero eso quizá se pueda juzgar en otro libro.

Ya para terminar diremos que estamos de acuerdo con el autor en eso de que «perder el miedo a pensar y a actuar siempre ha sido el remedio frente a los totalitarismos, sean de la clase que sean». Pero no basta con pensar. Tras pensar hay que ver qué hacemos y cómo lo hacemos. Sugierimos recordar a san Benito, patrón de Europa, y a su «Ora et labora». ¿Dónde si no en la Iglesia se nos educa en esto?



# emos leído

ALDOBRANDO VALS

## Cristianos por la antiglobalización

*La última década ha visto nacer el llamado «movimiento antiglobalizador», amalgama vagamente izquierdista que pretendería recoger la voz de aquellos que se oponen a las tendencias unificadoras de un capitalismo que abraza el mundo entero. Es innegable que, pese a ciertos aspectos acertados, una parte importante del discurso «antiglobalizador» apenas puede disimular su reciclaje desde un marxismo de origen que se resiste a ser definitivamente enterrado. Si ya padecemos en su día a los tristemente famosos «cristianos por el socialismo», en la actualidad son muchos los cristianos que, sin gran discernimiento, se lanzan en brazos de los «antiglobalización». Gianni Baget Bozzo parte de esta premisa para, desde las páginas de Tempi, plantear una serie de interesantes cuestiones:*

«¿Por qué los movimientos católicos confluyen, en nombre de una nueva era de justicia, en el utopismo antiglobalizador? ¿Por qué la idea de revolución hace su aparición en el mundo católico ahora que está muerta en todos lados? Seguramente porque la idea de imitación de Cristo se ha debilitado, el valor de la santidad personal en el orden histórico, que es la posición católica tradicional, ha dejado de predicarse.

A esta consideración querría añadir un pasaje del texto de la nota doctrinal de la Congregación para la doctrina de la fe sobre el compromiso político de los católicos: «La fe nunca ha pretendido ence-

rrar los contenidos socio-políticos en un esquema rígido, consciente de que la dimensión histórica en la que el hombre vive impone verificar la presencia de situaciones imperfectas y a menudo rápidamente mutables. Bajo este aspecto deben ser rechazadas las posiciones políticas y los comportamientos que se inspiran en una visión utópica, la cual, cambiando la tradición de la fe bíblica en una especie de profetismo sin Dios, instrumentaliza el mensaje religioso, dirigiendo la conciencia hacia una esperanza solamente terrena, que anula o redimensiona la tensión cristiana hacia la vida eterna».

*Parece que en la Iglesia de hoy está plenamente vigente de manera singularmente nueva y paradójica la máxima evangélica: «que tu mano derecha ignore lo que hace tu izquierda».*

## Davos y Porto Alegre

*Así titulaba Eulogio López uno de sus impagables artículos cotidianos (que pueden leerse gratuitamente en [www.hispanidad.com](http://www.hispanidad.com)) y que tiene el mérito de señalar lo que la mayoría oculta: la falsedad de la alternativa entre el liberalismo capitalista occidental y el movimiento antiglobalización. Abundando en lo señalado por Baget Bozzo, Eulogio López nos descubre la realidad de esa pretendida oposición:*

«Los medios informativos se han acostumbrado a presentar la alternativa entre Davos y Porto Alegre. En Davos se reúnen, siempre a finales de enero, por las mismas fechas, los representantes de las

grandes multinacionales y algún que otro político, no necesariamente relacionado con la economía (por ejemplo, la estrella de esta edición ha sido el secretario de Estado norteamericano, Colin Powell).

En la ciudadela suiza de Davos se han reunido los ricos privados y en la brasileña Porto Alegre los ricos públicos, es decir, que funcionan con cargo a los presupuestos públicos. Pueden creerlo: la organización de Porto Alegre no tiene nada que envidiar a la de Davos, con una distinción: las medidas de seguridad en Davos son mucho más fuertes, entre otras cosas porque algunos personajes, llamados a participar en Brasil prefirieron viajar a Suiza para poder chillarle al «enemigo» desde la calle.

El tercer sector, las ONGs, mueven cantidades ingentes de dinero y el espectáculo mediático que son capaces de crear a su alrededor supera al del Foro Económico Mundial.

Otra coincidencia: ambos círculos son políticamente correctos. Es más, los ricos de Davos han hablado de la necesidad de casar economía y ética, así como de medio ambiente y de superpoblación. Porque ahí radica otra coincidencia: ambos, Davos y Porto Alegre aman tanto al hombre que consideran que éste no debe reproducirse más de lo debido.

Por lo demás, como dos gotas de agua: dos grupos de presión, que sólo se diferencian en la titularidad de la cuenta corriente que les paga la estancia en la fría montaña suiza ¡o en el caluroso verano austral!: ricos privados de Davos contra ricos públicos de Porto Alegre: la gran mayoría de la población del planeta está en medio de los dos.



Y ambos, Davos y Porto Alegre, también coinciden en algo: les gusta lo grande, lo monstruosamente grande, lo ingobernable. En Porto Alegre suspiran por una nueva globalización basada en organismos multinacionales, en especial la ONU, que se conviertan en una especie de banco central recaudador y repartidor de impuestos. En Davos, consideran que la libertad primera no es la de los agentes económicos más pequeños, particulares y familias, sino la de las grandes empresas, que son la base de la democracia.

Mientras, en Porto Alegre están los partidarios de déficits públicos progresivamente crecientes para financiar, en primer lugar su propia actividad pública, y en segundo lugar todo aquello que se les ocurra financiar con tal de mantenerse en el poder. De la inflación consiguiente, que atenta contra los menesterosos, no tienen tiempo de ocuparse. Para Porto Alegre, el luminoso mundo del futuro consiste en un planeta poblado por funcionarios».

## Juventud salvaje

*Una serie de asesinatos particularmente terribles han conmocionado a Italia en los últimos meses. La crueldad de algunos casos, a los que tampoco nuestra crónica de sucesos es ajena, ha desatado un amplio debate acerca del origen de tales actos. Unos insisten en el papel de la escuela, evidente pero al mismo tiempo insuficiente: la idea ilustrada de redención por la instrucción ha abierto las puertas a los asesinatos más crueles de la historia. Otros hablan de la creciente influencia demoníaca en nuestras descreídas sociedades. Maurizio Blondet, en un artículo aparecido en Il Timone, matiza esta afirmación: Satanás actúa,*

*pero es que se lo ponemos cada vez más fácil:*

«Decía un filósofo que la sociedad es invadida continuamente por los bárbaros. Estos bárbaros no vienen de las estepas de Asia, sino que nacen entre nosotros: son nuestros hijos. Cada niño que nace es naturalmente un bárbaro. No sabe nada de civilización.

Es necesario enseñarles todo: la técnica (resulta fácil), pero sobre todo a dirigir sus instintos, a distinguir el bien del mal, las relaciones sociales y el comportamiento admitido en la comunidad. Es necesario transmitirles todo aquello que la civilización ha conquistado antes que ellos. De otro modo, cada generación estaría condenada a volver a empezar de nuevo a salir de la barbarie.

En definitiva, desde siempre la civilización civiliza a sus bárbaros internos, los jóvenes. Pero desde el 68, el año de la plena secularización, este proceso de educación es ridiculizado e interrumpido: es «tradicionalista» (tradicción deriva de *tradere*, que significa «entregar a los hijos aquello que han aprendido los padres»), y la educación «tradicionalista» ha sido liquidada por «autoritaria».

¿Resultado? Miremos a nuestros jóvenes, no todos pero sí muchos. En el colegio, mirada perdida en el vacío: el salvaje no sabe concentrarse, aprender es muy cansado.

Se adornan con pendientes y tatuajes, como los salvajes. Viven gregariamente en pequeñas manadas (tribus): no tienen un «yo» individual, sino que es la manada la que piensa y actúa en ellos y por ellos. No se comunican: su lenguaje es inarticulado, incapaz de expresar matices.

La novedad es que, en la actualidad, tenemos entre nosotros salvajes treintañeros que viven en la civilización como si ésta fuera la selva primigenia. Usan los bienes

artificiales de la sociedad (Coca Cola, móviles, coche, leyes, servicios médicos, armas de fuego) como si brotaran espontáneamente de los árboles. Pero la civilización necesita un mantenimiento continuo, esto es, nuestra responsabilidad, para funcionar.

Nuestros hijos neo-salvajes, creyendo que es algo natural, no se sienten responsables de su mantenimiento: se limitan a disfrutarla y la deterioran.

Como los salvajes de Borneo, no piensan en el después, en las consecuencias de sus actos. Se preocupan solamente, como los salvajes, de satisfacer sus impulsos primarios.

En los demás ven una presa o una posesión. Su modo de relación social es el de los primitivos: basado en las relaciones de fuerza.

Viles y serviles con los fuertes, son violentos con los débiles. Incluso peor. Nuestros jóvenes conocen el sexo antes que la responsabilidad. Revistas pornográficas y la televisión «marrana» ya no les están prohibidas; de este modo toda la sociedad les incita a la «transgresión». La sublimación de la sexualidad en energía positiva, en «bellas empresas», era esencial para civilizar a los bárbaros internos. Hoy, la satisfacción directa de la sexualidad deforma estas personalidades incompletas, inarticuladas, para siempre: nuestros neo-salvajes son flojos. Incapaces de esfuerzo alguno para mejorar, inertes y abiertos «a todas las experiencias». Y es aquí, en este momento, cuando se insinúa Satanás. Porque no encuentra resistencia interior, y menos aún precaución, en esas almas turbias e inertes, y las mueve a actos innoles e irremediables.

Pero ha sido el secularismo quien ha destruido en esas almas cualquier muro defensivo. Como decía Dostoievski: «Si Dios no existe, todo está permitido». Incluso lo peor».



## De otras fuentes

### Dios llora en la Tierra

En nuestra sección «Actualidad religiosa» damos cuenta del fallecimiento, el pasado 31 de enero, del padre Werenfried Van Straaten, conocido popularmente como «Padre Tocino», fundador y alma de la asociación católica internacional «Ayuda a la Iglesia Necesitada». Aquí, en «De otras fuentes», acogemos un pasaje de su obra *Dios llora en la Tierra*, una sentida reflexión sobre el mal y el dolor en el mundo, contra los que el padre Van Straaten luchó incansablemente toda su vida.



«Antes de que yo emprendiese mi itinerario a través de las regiones más necesitadas de la Tierra, Dios me hizo comprender el sentido profundo del mal. Sin esta perspicacia especial, que adquirí durante la guerra en la soledad de mi celda monacal de Tongerlo, mi fe hubiera naufragado en el mar de la miseria que incesantemente he debido cruzar. Al cabo de tantos años quisiera reunir ahora aquí los pensamientos que me embargaban entonces, cuando era joven sacerdote que luchaba con el misterio del mal.

Sucedió en mi celda, en una noche de verano. No se oía ni el vuelo de una mosca. Había enmudecido el sordo tronar de la furia bélica, el enervante zumbido de los bombardeos y el rabioso gruñir de la defensa antiaérea. Sólo poblaba la noche un tenue, frágil silencio, tendido de estrella a estrella, allá en lo alto, sobre la tierra y sobre la callada abadía. Me pareció enton-

ces como si Dios actuase en aquel silencio, como si su mano pasara y rozara el mundo, tocando la esencia más recóndita de las almas y de las cosas. Una gran mano acariciante de una madre.

¿Era aquella la misma mano que con sólo un gesto había creado mil sistemas solares del abismo de la nada? ¿Era la mano que había lanzado la Vía Láctea a los espacios siderales y amasado las cimas rocosas como si fueran de cera, dándoles forma de salvaje belleza? Sí, era la misma mano. Entonces potente y grandiosa, y ahora suave como la mano de una enfermera a la cabecera de un enfermo.

Dios es incomprensible. Está presente a la cabecera de la humanidad enferma, nos palpa con suma delicadeza las heridas dolorosas y nos sustenta los miembros despedazados. Porque no puede odiar nada de lo que Él mismo ha creado y no puede despreciar nada de cuanto es

obra de sus propias manos. Por eso, en el silencio de su noche eterna, cuando los hombres duermen y solamente las mudas estrellas son testimonio de su amor, Él recrea y rejuvenece continuamente a esta Tierra que se va astillando.

La Mano de Dios acaricia la Tierra. Su rostro benigno se inclina lleno de solicitud sobre las heridas. El eterno Portador y Restaurador de las cosas recorre el paraíso violado para extraer algo bueno de la perversidad humana. Si esto no fuera posible, Él, en efecto no lo permitiría. Porque en tal caso, Él nos interceptaría los senderos del mal. ¿Quién podría hacer algo contra Dios? Hasta el demonio permanece en su presencia y cumple fielmente el papel que le ha sido asignado en el espectáculo coral de la creación, que se representa solamente a la mayor gloria de Dios.

Dios no ha creado el mal, porque es amor y, al atardecer de cada

día de la creación, vio que todo era bueno. No, Él no ha querido el mal, pero tampoco lo impide. Pues no quiere destruir el sumo bien de la libertad humana y porque aun el pecado es utilizable entre sus manos todopoderosas. Él es más capaz que nosotros. Cada vez que hacemos pedazos su obra, los fragmentos se vuelven a juntar para formar un mosaico en el que su sabiduría reluce más espléndidamente que antes. Dios tolera el mal, pero atraviesa las noches de la tierra operando bondadosamente para transmutarlo en bien.

Sereno y serio, como un niño que juega en la orilla, deja correr arroyos de dolor a través de la palma de su mano, hasta que se convierten en lágrimas de remordimiento y de penitencia. Con rápido ademán, convierte los verdugos de la humanidad en instrumentos de eterna salvación. Los elige como carpinteros de la inmensa cruz de la Redención, de la que su Hijo quiere permanecer suspendido y sangrante hasta el fin de los tiempos, para atraer a Sí a todas las gentes. Dios bendice el odio estéril y la diabólica ansia de destrucción de los tiranos y de los perseguidores de la Iglesia. Y mirad, ved los buenos frutos: la alegre resignación y la dulce paciencia de los corderos que quieren seguir al Cordero de eternidad en eternidad. Las ruinas humanas, señaladas por su gracia, se convierten en compañeros de destino del Hijo suyo en el Gólgota. Así es como la humanidad

flagelada lleva la corona triunfal del Varón de dolores hacia el glorioso desfile del juicio universal.

Pero Dios va más lejos y corona como mártires y santos a las víctimas de la violencia bruta y de los atropellos. Su mirada se posa en los solitarios y en los incomprensidos, en los pisoteados y en los abandonados de este mundo, en los anónimos portadores de la pesada cruz que, más de siete veces al día, sucumben bajo el enorme peso. Dios bendice sus luchas y sus derrotas; sigue a lo lejos con la mirada las profundas caídas en los abismos de la humillación; y sonrío ante su terror infantil, porque conoce su elevación futura. A los últimos los hace primeros; sacia a los hambrientos con bienes espirituales y trueca cada vida perdida en provecho eterno. A todos los granos caídos y muertos en la oscura tierra, Él les da el crecimiento y la fertilidad de su divino amor.

Por otra parte, Dios se vuelve con todo su poder contra los desalmados campeones de la injusticia, a quienes ha concedido poder y libertad para crucificar a los hijos de sus escogidos. Dios ha medido el tiempo de los malvados. Y, cuando ve que la medida de sus pecados está colmada, los arroja de sus tronos para saciarlos, a su vez, de tormentos. Pero el repudio de Dios deberá curarlos. Por ello, con infinita paciencia, Dios espera, y esperará hasta que pueda recoger a todos los hijos pródigos y estrecharlos contra su corazón de padre

que nunca ha cesado de amarlos. Con su horrenda malignidad han acrecentado, sin querer, el triunfo de Cristo. Y continuarán siendo el objeto de su misericordia hasta que su maldad no muera en la cruz de sus sufrimientos, haciéndoles dignos de compartir la heredad de los santos en la eterna luz.

Pero también existen quienes en su arrogante lucha contra el amor de Dios persisten en el mal hasta el fin. Constituyen el negro escuadrón de los condenados por toda la eternidad. También su maldad es trocada por la mano, ahora fuerte y férrea, de Dios, en testimonio de su divina justicia. El rechinar de dientes de los condenados no se atenuará nunca y proclamará eternamente que fue justo el castigo de Dios...

Dios renueva la faz de la tierra. Como un compasivo médico, está a la cabecera de la humanidad doliente. Rodea de gloria la obra desfigurada por necias criaturas. Cuando sus dedos acarician amorosamente las cosas, la Creación permanece iluminada por el brillo de una intacta belleza.

Aquella noche descubrí un poco del misterio del mal. Mi Biblia estaba abierta en el texto: «He aquí que yo renuevo todas las cosas...». Y cuando Dios se acercó a mí desde las lejanías de su alto cielo tachonado de estrellas, y llenó con su presencia mi celda, no tuve miedo, porque sabía que a mí mismo y a todos los demás nos llevaba Él seguros en la palma de su mano.»



## *El optimismo del padre Orlandis y su teología de la historia*

*Es bien conocido de los lectores asiduos de CRISTIANDAD el artículo del padre Orlandis titulado «¿Somos pesimistas?» aparecido como editorial en el número 73 de la revista, esto es, el 1 de abril de 1947, al cumplirse justo los tres años de la aparición de la misma. Hace de ello más de cincuenta años. Su lectura, siempre fresca, es una profunda meditación sobre el fin último de toda predicación: la extensión del reino de Cristo a todo el mundo. En todas las efemérides importantes de la revista se ha reproducido este artículo tan fundamental.*

*También aconteció esto el 15 de febrero de 1953 –hace ahora cincuenta años– con ocasión de estar inmersos en el décimo aniversario de la revista y, muy en particular, para ambientar la campaña que precedía a la predicación del padre Lombardi, S.I., que entonces se preparaba de forma inmediata en Barcelona. De allí tomamos ocasión para reproducirlo ahora, aunque no en su total integridad –prescindiendo de su preámbulo circunstancial– para centrarnos en el punto verdaderamente significativo de lo que anima a la revista CRISTIANDAD: su esperanza en un mundo mejor; y lo que orienta sus trabajos, como decía el padre Lombardi, con el título de su significativo libro, «Por un mundo nuevo». Porque, sin duda, un mundo «mejor» ha de ser inevitablemente un mundo nuevo en el sentido evangélico del término.*

*Predicaba el insigne jesuita por todo el mundo el proyecto del pontífice entonces reinante, el gran papa Pío XII –hoy tan denostado en esta calumniosa campaña en que se le acusa de silenciar o aún fomentar la persecución de los judíos durante el dominio nazi. El mundo debe volver a Cristo –decía insistentemente Pío XII– porque ésta es su única salvación y a lo que tienden las aspiraciones profundas de los pueblos cuando piden paz y unidad solidaria.*

*Ahora bien, ésta era la proclamación del padre Ramière cien años antes, a cuyo servicio había puesto el Apostolado de la Oración. El espíritu del padre Ramière animaba en su tiempo la manera de entender esta su gran obra y tal era también el ideal del padre Orlandis, en cuanto representaba la más completa expresión de un optimismo sobrenatural, único capaz de afrontar el problema global del mundo en toda su dimensión. El padre Orlandis pensaba que si el Apostolado de la Oración no tenía la aceptación que merecía –especialmente entre los varones– era porque se había separado de esta grandiosa idea de la Soberanía social del sagrado Corazón de Jesús.*

*El lector atento podrá comprobar la solidez doctrinal, el espíritu sobrenatural, la fidelidad al magisterio pontificio, la humildad y aún la prudencia del padre Orlandis.*

### **Optimismo nuclear**

**A** quienquiera que haya leído con atención siquiera mediana los números de CRISTIANDAD publicados hasta ahora le habrá debido de entrar por los ojos la expresión insistente de una idea, la reiteración incesante de una esperanza: la idea de la Realeza de Cristo, la esperanza de una realización del Reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora. Esta idea y esta esperanza estructuradas, o por mejor decir, organizadas, vitalizadas, constituyen un ideal: ideal es éste de luz y de fuerza, ideal de vigoroso optimismo

cristiano. Ideal que en lo que tiene de nuclear y esencial no es sino la herencia recibida por la Iglesia, de Cristo y de sus Apóstoles, que encierra el impulso de expansión vital de la verdad evangélica hasta conseguir la adecuación del Reino de Cristo de hecho con el de derecho, o lo que es lo mismo, la aceptación plena del encargo de Jesucristo *docete omnes gentes*: haced que todas las naciones acepten y acaten vuestro *magisterio*, admitan la buena nueva de que sois mensajeros, disfruten de los bienes que en esta buena nueva se les ofrecen.

Cada vez se ve con luz más clara que el deseo de Jesucristo manifestado en su Iglesia y por su Iglesia es que este ideal saludable y levantado penetre no tan sólo en el alma de los sacerdotes y de los religiosos consagrados a Él con vínculos especiales, sino que también oriente y vitalice el espíritu de todo cristiano. No es otra la significación de la Acción Católica. ¿No se habría de definir la Acción Católica como la movilización general del pueblo cristiano? y ¿es posible una auténtica movilización general sin que el pueblo movilizado sienta vitalmente el ideal que le moviliza? y ¿es posible el entusiasmo por un ideal, sin la fe en este ideal, en su virtualidad, en la posibilidad de su realización?

Todos los números de CRISTIANDAD son una profesión de fe y de esperanza en este ideal, y si en ellos a las veces transpira la indignación contra los malminoristas, por ejemplo, contra los católicos liberales, no es porque CRISTIANDAD ignore u olvide que en ciertas ocasiones, en sobradas ocasiones, por desgracia, es necesario y lícito contentarse y aun acogerse al mal menor, sino porque los católicos liberales de ayer y no menos los de hoy, prácticamente por lo menos, hacen de la hipótesis tesis, alaban y encarecen el bienestar de la Iglesia en las naciones en que se vive en la hipótesis, menosprecian como visionarios a los que aun hoy en día osan hablar del ideal y no pocas veces achacan a la intransigencia de éstos, para ellos visionarios, a su falta de cultura, de comprensión y de caridad, casi todos los males del mundo y de la Iglesia; la severidad y la dureza de trato la guardan para los *intransigentes*, mientras que la amabilidad y aun la melosidad untuosa la reservan para los que hacen necesaria la hipótesis. A los *intransigentes* a duras penas les otorgan la opinión de buena fe, que prodigan a manos llenas a los incrédulos, a los herejes, a los cismáticos. De la condescendencia con éstos parecen esperar todo el bien, por lo menos el escaso bien con que se contentan. ¿Esta táctica, esta manera de pensar podrá dar otro resultado que el obscurecerse en la mente de los cristianos sencillos la convicción cristiana, que debe rechazar con dignidad todo error en la fe, toda mutilación en la verdad cristiana? Y esas tácticas de esperar el bien de la Iglesia de la alianza con los que si no están abiertamente contra ella, por lo menos es cierto que están fuera de ella, ¿no será causa de que se debilite el espíritu sobrenatural, la esperanza en los medios eficacísimos, en realidad los únicos eficaces, que son patrimonio exclusivo de la Iglesia?

Perdóneme el lector la digresión. Decíamos que CRISTIANDAD, los que forman el núcleo de su Redacción, llevan en su corazón el ideal cristiano, y añado ahora que tienen la persuasión de que cuanto más dista el mundo de la plena realización de este ideal, cuanto mayores son las exigencias malaventuradas de la hi-

pótesis, más necesario es conservar puro y vivo en la mente y en el corazón este ideal, y profesarlo públicamente.

León XIII, el gran león XIII, en su luminosa encíclica *Libertas* esto encarga cuando reconoce la necesidad eventual de la hipótesis, la necesidad de acogerse al sistema de las llamadas libertades modernas. *Quod sentit de ipsis Ecclesia, idem ipsis sentiant*, lo mismo que de estas libertades siente la Iglesia, sientan ellos, los católicos que viven en una nación en que la hipótesis es necesaria.

Por lo mismo, ¿por qué disimularlo?, CRISTIANDAD siente su espíritu encogerse, al llegar a su noticia ciertas alabanzas sin ningún género de distingos, de naciones en que por necesidad se vive en la hipótesis, alabanzas que celebran el bienestar, la cultura de aquellas naciones, como si fueran espejo en que las demás se han de mirar, ejemplar que han de imitar, ideal que han de emular.

El optimismo de que acabamos de hablar es, como decimos, nuclear, substancial; de él habrían de participar todos los cristianos, porque no es sino la flor de las virtudes teologales, la flor fructífera del celo por la gloria de Dios, la exaltación de la Iglesia y el bien del género humano. Ahora preguntamos: si CRISTIANDAD es fruto de esta flor siquiera fruto humilde, ¿cómo podría ser substancialmente engendradora de pesimismo? Una sola explicación se podría dar de ello: la ineptitud de los que la redactan, la falta de dotes naturales, la falta de formación, o tal vez la falta de espíritu sobrenatural, que esteriliza las obras apostólicas que más fruto habrían de dar.

### El optimismo del P. Ramière

**M**AS, adelantemos un paso: los redactores ordinarios de CRISTIANDAD, los que constituyen el núcleo de la Redacción, deben en buena parte su formación a los libros en que el P. Enrique Ramière nos ha legado su pensamiento y su espíritu. CRISTIANDAD no se considera, ni se puede legítimamente considerar, como órgano oficial ni oficioso del Apostolado de la Oración, cuyo segundo y definitivo fundador fue el P. Ramière; pero hay que reconocer que trae su origen del Apostolado, que en el Apostolado halla su fuerza y que en el Apostolado encuentra la concreción de su espíritu.

Pues bien, ¿quién habrá, por poco versado que esté en los libros del P. Ramière, por poco que conozca su vida y su actuación, que pueda tacharle de pesimista? En vida se le echó en cara una excesiva benevolencia para con los católicos liberales de aquel tiempo y aquí mismo, en Barcelona, vio la luz un libro en que por esta razón se atacaba duramente una de sus obras fundamentales, «La soberanía social de Jesucristo». Por

otra parte, su optimismo no se limitaba a lo substancial que hemos descrito, no relegaba las esperanzas de la Iglesia para la otra vida, sino que pasó su vida inculcando en los lectores de sus libros la confianza en un triunfo de la Iglesia en este mundo, triunfo de que las luchas actuales de la Iglesia no le hacían dudar, antes al contrario le aseguraban en su convicción.

Esto no dejó también de acarrearle contradicción, porque se puso tacha en su doctrina como afín al *milenarismo*. Verdad es que, con algunos recortes, sus libros vencieron la oposición y de aquél en que con más amplitud declara y defiende su manera de pensar «Les espérances de l'Eglise», se publicaron varias ediciones, una de ellas encabezada por una carta de Pío IX. Ahora bien, ¿hay para qué disimularlo?, los que forman el núcleo de la Redacción de CRISTIANDAD participan de este pensamiento del P. Ramière, lo cual si no es para ellos el motivo substancial de su trabajo y sacrificio no escaso, no deja de alentarles y consolarles.

Es por otra parte indudable que si yo mismo, con quien ellos tan íntimamente y por tanto tiempo han convivido, hubiera desacreditado con mis censuras estas ideas del padre Ramière, no se hubieran a ellas aficionado.

Pero ¿cómo podía yo hacerlo así, cuando lejos de serle contrario, compartía su parecer? Antes de haber leído ninguna obra de dicho autor, ya me había formado mi sistema, en lo substancial idéntico al suyo.

He de confesar que desde el primer momento me intranquilizaba algún tanto una manera de escrúpulo. No se me ocultaban las graves censuras que veía fulminar por no pocos autores serios contra el *milenarismo*; pero, por otra parte, notaba que al proponer el estado de la cuestión, no concordaban entre sí y atribuían a los milenaristas absurdos y ridiculeces tan grandes que ni siquiera valía la pena de tomarlas en consideración. Ejemplo de esto puede ser la refutación del *milenarismo* que el que fue cardenal Billot nos ha dejado en el tratado de *Novissimis*. Lo que yo pensaba nada tenía que ver con aquellas ridiculeces. Averiguando más hallé que autores serios, en obras publicadas a la luz del día, por ejemplo, el conocido teólogo P. Palmieri, venían a decir substancialmente lo que yo pensaba. Después advertí que también coincidía el mío con el pensamiento del P. Ramière, se entiende también en lo substancial, y sabiendo quién era el P. Ramière aun me tranquilicé más. Estudié las fuentes y me pareció que mi sistema resolvía muchas incoherencias, muchas aparentes antinomias. Y por fin, cuando el inmortal Pío XI publicó sus encíclicas sobre el Reino de Cristo y sobre el Corazón de Jesús me convencí de que substancialmente mis ideas, lejos de contradecir a las del Romano Pontífice, en ningún punto esencial discrepaban de la palabra del Papa. No hay para qué discutir en este momento el valor

doctrinal de los documentos pontificios a que me refiero, sólo observaré que si éstos no tienen fuerza de definición ¿no sería por lo menos injurioso y peligroso decir que el Papa en ellos afirma, sea como sea, cosas que linden con el error milenarista?

Pío XI, en la encíclica *Miserentissimus Redemptor*, como término y consiguiente de una exposición de hechos concienzuda e intencionada, llega a afirmar que en la institución de la fiesta de Cristo Rey ha querido dar un anticipo de aquel día faustísimo en que el mundo espontáneamente se sujetará al suavísimo Imperio de Cristo; *gaudia iam tum illius diei praecepimus auspicatissimi quo die omnis orbis libens volensque Christi Regis suavissimae dominationi parebit*. Si se tienen en cuenta los bienes que según el mismo Romano Pontífice en sus anteriores encíclicas *Ubi arcano Dei* y *Quas primas* afirmaba ser fruto natural de la aceptación por el mundo de la Soberanía de Cristo, entre los cuales no era el menor la paz social y la internacional, ¿qué más es lo que esperaba el P. Ramière y el autor de este artículo? Tanto es así que dos artículos que he publicado en CRISTIANDAD en que circunstancialmente hube de declarar mis ideas, no fueron otra cosa sino unos comentarios de las encíclicas de Pío XI *Arcano Dei*, *Quas primas* y *Miserentissimus*, de la encíclica *Annum sacrum* de León XIII, precedente obligado de las de Pío XI, y de la *Summi Pontificatus* del actual Pontífice, complemento de todas éstas, ya que en ella a todas las citadas las hace suyas.

## La teología de la historia

FORMADOS, los que constituyen el núcleo de la Redacción, en Schola Cordis Iesu, y por ende en el seno del Apostolado de la Oración, cuyo lema se expresa en aquella petición «Adveniat Regnum tuum», es obvio que concibieran vivos deseos de entender a fondo la idea contenida en la fórmula universalmente admitida «El Reinado social de Jesucristo». Natural fue que para ello acudieran a las obras del P. Ramière. Este, en sus luminosos tratados intelectuales no se encierra en el círculo de las verdades y de los principios abstractos; hace ver las normas y las leyes de la Providencia divina actuando en la vida de los pueblos y de todo el género humano, y acude a la revelación divina para rastrear los planes que Dios ha traído a la humanidad y para sondear con humilde osadía lo que en lo porvenir estos planes le reservan. Y para esto, estudia la historia no tan sólo a la luz de la razón, sino también a la luz más poderosa de la revelación divina. Y si no crea una ciencia que ya cultivaron por ejemplo san Agustín y Bossuet, fue quien primero le dio el nombre adecuado y lleno de significación de teología de la historia.

Ahora bien, los miembros de Schola Cordis Iesu se aficionaron a esta ciencia y se esforzaron en adquirirla con ecuaníme seriedad. De aquí tuvo origen una serie de conferencias o lecciones dadas por mí con libertad de espíritu porque tenía bien conocida la capacidad, la prudencia de mis oyentes y su inquebrantable y humilde adhesión a la autoridad y a las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia. En estas lecciones hubimos de tratar de todo: de filosofía, de sociología, de política, de teología, de Escritura. Con qué provecho, podránlo juzgar los lectores de CRISTIANDAD.

Cuando se me preguntaba qué me proponía en estas conferencias, solía yo contestar: mi intento no es otro sino el de formar celadores del Apostolado de la Oración, y ante la extrañeza de quien preguntaba, respondía yo que el Apostolado, la idea del P. Ramière, sobre todo entre los varones, no tenía tanta aceptación como merecía, porque se miraba por muchos así como una beatería, lo cual era absoluta perversión de la concepción del P. Ramière y suponía una incompreensión lamentable de la devoción al Corazón de Jesús, de las revelaciones de Paray-le-Monial y de su fin providencial, todo lo cual constaba con toda certeza por los documentos pontificios.

## La sujeción a la Iglesia

**E**N toda esta mi actuación he procurado siempre fomentar en los que me rodeaban aquel sano optimismo cristiano que hemos denominado nuclear; pero supuesto que la opinión descrita en el párrafo que hemos titulado «el optimismo del P. Ramière» sea probable y defendible, ¿quién no echará de ver que, dada la condición humana y el espíritu social de nuestros tiempos, proporcionará un nuevo y valioso elemento de luz y de vigor en orden a la intensificación de la actividad de celo y de apostolado? ¿Por qué, pues, no aquilatar los grados de probabilidad en que tal esperanza puede fundarse? ¿Por qué no compartir con el segundo fundador del Apostolado de la Oración este incentivo, siquiera accidental, de optimismo?

Ante todo era preciso purificar dicha esperanza de toda ilusoria imaginación. Lejos de nosotros las esperanzas claramente heterodoxas condenadas por la Iglesia, de una era paradisíaca, sin pecado original ni concupiscencia. Lejos de nosotros fantasear una era de una santidad dulzona, sin cruz ni mortificación. Fuera de nosotros la idea de un cambio en la organización de la Iglesia, ni la de un enriquecimiento esencial de la misma. La Iglesia que posee la sangre de Cristo y el don del Espíritu no puede ser más rica porque su riqueza es infinita.

Mas de estas riquezas de la Iglesia no participan todos los hombres llamados a ser miembros de ella, y aun los que de ellas participan, podrían adquirirlas y

poseerlas en grado superior a aquél en que las poseen. Y entonces puede ocurrir un problema que tendría visos de malsana curiosidad. ¿Hasta qué grado puede esperarse que llegará la Iglesia en este su posible perfeccionamiento extensivo e intensivo? ¿Se puede esperar, por ejemplo, que haya en el mundo una época en que no se cometan pecados mortales? Imaginémonos, para hacernos cargo de lo que sucedería, si todo el mundo fuera como se cuenta de las Reducciones del Paraguay, de las que la fama decía que allí no se pecaba mortalmente. Claro es que aquellas gentes podían pecar, pero si la fama era verdadera, la gracia de Dios, la educación y las cautelas les preservaban. Mas esperar esto para el mundo entero es no sólo gratuito, sino, además, según lo que yo entiendo, contrario a los datos de la revelación divina.

Los que tenemos la discutible esperanza de que hablamos, no esperamos (por lo menos puedo asegurarlo de mí) sino aquello de lo cual Pío XI nos dice que es anticipo la institución de la fiesta de Cristo Rey: la aceptación voluntaria por las naciones de la soberanía social de Jesucristo, de todas las naciones por lo menos con una totalidad moral.

Y llegamos ahora al punto crucial. ¿Podríase admitir como probable la presencia visible de Cristo Rey en la tierra, como defienden los milenaristas? En modo alguno; porque ni esto se funda en la revelación, ni es compatible con la institución indefectible del Pontificado en los sucesores de Pedro. ¿Para qué un virrey en donde reside el mismo Rey?

Y llegó un día a nuestros oídos la noticia de la prohibición del milenarismo, aun del mitigado. Y antes de conocer el decreto del Santo Oficio anunciamos en público la existencia del decreto, añadiendo que si en él se proscribía cualquiera proposición que hubiera yo sostenido, la dieran por retractada, y añadí que sería para mí un placer, porque siempre lo es el salir de una equivocación.

Mas llegó a mis manos el decreto y en él hallé lo que ya sabía: la prohibición del milenarismo aun del mitigado, pero hallé algo más: la virtual absolución del padre Ramière, etc. Porque el Santo Oficio, al prohibir el milenarismo mitigado, no prohíbe una vaguedad, sino que precisa lo que prohíbe y lo que entiende por milenarismo mitigado. ¿Y en qué consiste éste según el decreto de prohibición? En el sostener que Jesucristo, antes del juicio final vendrá visiblemente a esta tierra para reinar. Nunca jamás, que sepamos, el P. Ramière enseñó lo que prohíbe el decreto. De mí ciertamente me dice la conciencia que jamás lo he enseñado ni pensado.

Perdónenos el buen amigo que ha dado ocasión a este artículo, si no halla en él lo que tenía derecho a esperar. Creo que sin este artículo previo no me hubiera sido posible declarar mi pensamiento sobre el optimismo o el pesimismo de CRISTIANDAD.

# CONTRAPORTADA

## Familia, matrimonio y «uniones de hecho»

*Declaración del Pontificio Consejo para la Familia  
(26 de julio de 2000 )*

Con el reconocimiento público de las uniones de hecho, se establece un marco jurídico asimétrico: mientras la sociedad asume obligaciones respecto a los convivientes de las uniones de hecho, éstos no asumen para con la misma las obligaciones esenciales propias del matrimonio. La equiparación agrava esta situación puesto que privilegia a las uniones de hecho respecto de los matrimonios, al eximir a las primeras de deberes esenciales para con la sociedad. Se acepta de este modo una paradójica disociación que resulta en perjuicio de la institución familiar. Respecto a los recientes intentos legislativos de equiparar familia y uniones de hecho, incluso homosexuales (conviene tener presente que su reconocimiento jurídico es el primer paso hacia la equiparación), es preciso recordar a los parlamentarios su grave responsabilidad de oponerse a ellos, puesto que «los legisladores, y en modo particular los parlamentarios católicos, no podrían cooperar con su voto a esta clase de legislación, que, por ir contra el bien común y la verdad del hombre, sería propiamente inicua». Estas iniciativas legales presentan todas las características de disconformidad con la ley natural que las hacen incompatibles con la dignidad de ley. Tal y como dice san Agustín «Non videtur esse lex, quae iusta non fuerit». [...]

Cuantos se ocupan en política deberían ser

conscientes de la seriedad del problema. La acción política actual tiende en Occidente, con cierta frecuencia, a privilegiar en general los aspectos pragmáticos y la llamada «política de equilibrios» sobre cosas muy concretas sin entrar en la discusión de los principios que puedan comprometer difíciles y precarios compromisos entre partidos, alianzas o coaliciones. Pero dichos equilibrios ¿no deberían, más bien, estar fundados en base a claridad de los principios, fidelidad a los valores esenciales, nitidez en los postulados fundamentales? «Si no existe ninguna verdad última que guía y orienta la acción política, entonces las ideas y las convicciones pueden ser fácilmente instrumentalizadas con fines de poder. Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo abierto o sutil, como la historia lo demuestra». [...] El modo más eficaz de velar por el interés público no consiste en la cesión demagógica a grupos de presión que promueven las uniones de hecho, sino la promoción enérgica y sistemática de políticas familiares orgánicas, y que entiendan la familia fundada en el matrimonio como el centro y motor de la política social, y que cubran el extenso ámbito de los derechos de la familia. A este aspecto la Santa Sede ha dedicado espacio en la Carta de los Derechos de la Familia, superando una concepción meramente asistencialista del Estado.